

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 16. — N° 240.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

Refugios Napoleon; grabado.—Amparo.—Neuchatel, la Chaux-de-Fond; grabados.—Revista de Paris.—Desde balcón á balcon.—El meeting de Londres en favor

del canal de Suez; grabado.—Expedicion contra la Kabilia; grabado.—Dalila.—El cabo Lihaut; grabado.—Beranger; grabado.—Discursos pronunciados en la Academia española.—Teatro de la Puerta de San Martin; grabado.

Refugios Napoleon.

DEPARTAMENTO DE LOS ALTOS ALPES.

El dibujo de nuestra primera página representa una de las casas hospitalarias nuevamente establecidas en el



Refugios Napoleon en el departamento de los Altos Alpes.

departamento de los Altos Alpes con el nombre de Refugios Napoleon. Creemos necesario entrar en algunos pormenores sobre esta reciente institucion, fecunda ya en resultados, y cuyo fin no es otro que el alivio de la humanidad.

Todos los viajeros que movidos por el deseo de contemplar el espectáculo tan grandioso de la naturaleza alpense, llegan cada verano á la pintoresca provincia del Delfinado, saben muy bien que, á pesar del número considerable de vias de comunicacion que hay en el departamento de los Altos Alpes, importantes aglomeraciones y aun cantones enteros, se encuentran durante el invierno separados unos de otros por cumbres de montañas cubiertas de nieve. La travesía de esos peñones formidables presenta muchos peligros. En efecto, unas veces el viento, siempre impetuoso en tales alturas, amonтона la nieve en tal ó cual paso, y luego la hace dar vueltas en inmensos torbellinos que durante horas y aun dias enteros persiguen al desgraciado caminante, le deslumbran y le hacen perder el camino, hasta que al fin rendido de cansancio é incapaz de orientarse, pierde el valor, y muy luego la vida. Otras veces tambien, sobre todo á fines del invierno, los montones de nieve reunidos durante muchos meses en la cumbre y á lo largo de los flancos de las montañas, se desprenden violentamente amenazando á cada instante arrastrar al fondo de los barrancos al viajero que anda por allí, lejos de todo asilo y de toda probabilidad de socorro.

Estas circunstancias explican las numerosas desgracias de que dan cuenta todos los años los periódicos locales.

La institucion de los Refugios Napoleon debida á una feliz idea del prefecto de los Altos Alpes, M. A. Lepeintre remediará en gran parte tan fatal estado de cosas.

Estos establecimientos, á cuya fundacion se han destinado los 50,000 francos procedentes del legado del emperador Napoleon I, se encuentran ya construidos en las principales gargantas de los Alpes. Su fin único es ofrecer un abrigo á los viajeros sorprendidos por la tormenta ó detenidos por la aglomeracion de las nieves y su caída; ingeniosa imitacion del San Bernardo y del hospicio del monte Genevre.

Las incontestables ventajas de los Refugios Napoleon han sido ya apreciadas altamente por los habitantes de los Altos Alpes, que con la mayor gratitud han acogido su creacion. En efecto, ninguna institucion podria responder mas felizmente á las necesidades y á los intereses de la comarca, así como á las miras generosas del inmortal testador.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

— ¿No he de conocerle si me he criado entre el lodo?
— Pero tu lenguaje es escogido, Amparo: tus maneras riñen con tu posicion: pareces una señorita disfrazada.
— Lo debo al padre Ambrosio; lo debo á los libros que leo.
— Y... ¿qué libros te ha dado á leer ese religioso?
— Cuando supe leer y escribir me puso en las manos la Imitacion de Cristo del padre Kempis.
Yo no habia leído el tal libro, pero supuse que seria un libro de devocion como otros tantos.
— ¿Y qué mas? añadió.
— La Biblia.
— ¡Habrás leído, pues, el *Cantar de los cantares*!
Amparo me miró profundamente y se ruborizó, lo que demostraba que habia leído aquel libro, que tenia talento, y que habia comprendido la intencion de mi pregunta.
— El *Cantar de los cantares* es un admirable libro simbólico, me dijo.
— ¿Y no has leído mas?
— Sí, si señor: los sermonarios de Bossuet y de Fenelon.
— ¿Y nada profano?
— Si señor; la historia universal de Anquetil, el *Telemaco*, el Padre Mariana, y las poesías de nuestros clásicos.
— ¿Y novelas?
— Ninguna... ¡Ah! ¡Sí! las de doña María de Zayas, las ejemplares de Cervantes y el Quijote, esa admirable novela.

Y habia una lisura tal en la expresion de Amparo al contestarme, tal falta, tal negacion de pretensiones, que era necesario creer que no solo tenia talento, sino tambien elevacion de ideas: ¡y junto á esto tal conformidad, tal resignacion con lo ingrato de su fortuna!

Yo, que me habia interesado por ella por compasion, empecé á interesarme por afecto, y por un momento sentí que mi hastío por la vida desaparecia; comprendí que habia encontrado algo á que podia consagrarme dignamente; á hacer el porvenir de aquella jóven tan simpática, tan merecedora de amparo: yo era entonces impío, y me dije: — ya que la casualidad la ha procurado un buen hombre que la eduque, yo, que soy rico, haré lo demás: el sacerdote por una parte, y el calavera de buen corazon por otra, haremos de ella un prodigio.

Y dentro de mi corazon adopté á aquella niña. Una adopcion paternal, pura, desinteresada. Habia en Amparo algo que dilataba mi alma. Ni yo podia pensar de otra manera: la corrupcion de la mujer por medio del oro me repugnaba; la rechazaba mi corazon y mi dignidad, y como jamás pensamos vo-

luntariamente en lo que nos repugna, ni reparé que en Amparo existian los gérmenes de una gran hermosura, ni me incitó su pureza, ni miré en ella mas que un ser débil, digno de proteccion.

Por lo mismo me apresuré á tranquilizarla respecto á mis intenciones.

La hablé con la elocuencia del sentimiento, con su forma poética, porque estaba seguro de ser comprendido por ella; con toda la espontaneidad de mi franqueza y de mi desinterés, y logré que Amparo se tranquilizase completamente.

— ¡Ah! me dijo con los ojos arrasados en lágrimas: ¡Dios se lo pague á Vd.!

Y Amparo me asió las manos, las estrechó contra su boca, y las cubrió de lágrimas.

Despues salió.

Mustafá, que durante esta escena habia estado echado sobre la alfombra, se levantó, me miró, movió lentamente la cola, y siguió á la niña.

Empecé á sentir una vaga, pero dulce ansiedad; Amparo habia causado en mí una impresion profunda: me habia hecho experimentar una sensacion desconocida.

La recordaba (no podré decir de qué modo), pero su recuerdo me dilataba el alma.

Era el amor de un padre satisfecho de su hija.

Dejé de pensar en la muerte.

Me detuve en el camino del suicidio.

Dejé de concurrir á los lupanares.

Arreglé mi vida.

Causé una dolorosa sorpresa en mis administradores, anunciándoles que iba á dedicarme al cuidado de mis intereses.

Hice todo esto bajo la influencia de este pensamiento: — He adoptado á un ser á quien debo procurar hacer feliz.

Amparo habia hecho en mí una revolucion: me habia reconciliado con la vida.

En recompensa, yo varié de plan respecto á su porvenir: la práctica de un oficio mecánico me parecia indigna de ella.

Aspiraba en su nombre á mas.

Algunos podrán creer esto exagerado; si lo es, está en armonía con la exageracion de mi carácter; yo siento de una manera poderosa, y para sentir me bastan pocas impresiones.

Amparo me habia impresionado fuertemente.

No sabia dónde vivia.

Un dia encargué á Mauricio que la buscara.

Mauricio empleó cuantos medios se conocen para encontrar una persona de la cual solo se saben el nombre, las señas y la condicion.

Gracias á lo bien montada que está la policia en España, Mauricio, que era uno de los mozos mas listos que he conocido, no pudo dar con ella.

Preguntó á los traperos, y le contestaron que no la conocian.

Fué al ayuntamiento, y solo constaban allí el nombre y el número de Amparo como traperera.

Amparo empezó á hacerse una dificultad: indudablemente á fin de mes la señora Adela vendria en busca de su asignacion; pero yo no queria esperar aquel plazo.

Habian pasado quince dias desde mi aventura.

Era por la mañana, y Mauricio entró alegre.

— Ya la tenemos, exclamó.

— ¿A quién?

— A la señorita Amparo.

— ¡Cómo! ¿Sabes dónde vive?

— Está en la antesala.

— ¡Ah! exclamé saliendo de mi gabinete y atravesando la sala; entre Vd., señora, entre Vd.

Amparo entró.

Venia sencillamente vestida: un manto de sarga, un cordón de pelo al cuello con una pequeña cruz dorada, un pañuelo de seda sobre los hombros, una bata de percal, y un delantal negro; me pareció mas alta y mas bella; venia encendida, alegre, con un bulto bajo el manto; me saludó con una sonrisa sumamente afectuosa, y entró en el gabinete, sobre una de cuyas mesas dejó el bulto que traia bajo el manto, y que produjo un sonido metálico.

— ¿Qué es eso? la dije.

— Esto es que Dios me favorece, me contestó; son tres mil reales que he ganado á la lotería.

— ¡Ah! exclamé adivinando su intencion.

— Tres mil reales que traigo á Vd.

— ¿Y para qué quiero yo eso?

— ¿Para qué? me contestó mirándome gravemente; para que se reintegre Vd. de los dos mil reales que dió á la señora Adela.

— ¡Ah! ¡Eres orgullosa!

— No por cierto, ¡sino que habrá tantos otros desdichados!

Se me anubló el semblante, y Amparo se apresuró á decir:

— La caridad debe ser discreta; la caridad indiscreta hace mas daño que beneficio; yo ya tengo todo lo que podia desear; un cuartito alegre, una cama blanda, ropa blanca, y dos vestidos de calle. Trabajo, trabajo con ardor, y dentro de poco seré oficiala. Emplee Vd. esos dos mil reales en amparar otra desdichada, y los mil restantes guárdelos Vd. para dárselos doce á doce duros á la señora Adela: hay para cuatro meses; dentro de cuatro meses ganaré una peseta, que era cuanto deseaba. Con que... no hablemos mas... Ahí se queda eso. Tengo que comer, y estar á las tres en el taller.

Y escapaba.

— Espera, la dije, ¿no quieres tener nada mio?

— ¡Oh! sí, sí... el recuerdo... y el agradecimiento. ¿No basta eso?

— Bien, me quedo con ese dinero, aunque seria mejor que los mil reales restantes se los entregases á la señora Adela.

— Los gastaria en aguardiente.

— Me rindo, pero con una condicion.

— ¿Cuál?

— Ven mañana á almorzar conmigo.

Meditó durante un momento Amparo, y contestó:

— Vendré. Afortunadamente es domingo.

Y saludándome alegremente, escapó.

— ¡Ah! tiene Vd. suerte, me dijo Mauricio; es una prenda de rey.

Recuerdo que Mauricio, recordando un puntapié que le valió esta observacion, habló en lo sucesivo con el mas profundo respeto de la señorita Amparo.

Fuíme á una joyeria, y gasté los tres mil reales que me habia dado Amparo en una bonita cruz de diamantes para ella.

La joya era de muy buen gusto, y debia parecer muy bien en el bonito cuello de la muchacha.

Además, necesitaba dejar bien puesta mi vanidad.

Aquella inesperada devolucion la habia humillado.

Amparo me trataba, por decirlo así, de potencia á potencia.

Yo no podia conservar aquel dinero.

Mi vanidad quedaba á cubierto regalándola la cruz.

Solo con este objeto la habia convidado á almorzar conmigo.

El dia siguiente á las once, Amparo estaba en mi gabinete, donde Mauricio habia servido la mesa.

Mientras Amparo se quitaba el manto con una hechicera confianza, Mustafá, que sin duda era mi amigo, sentado enfrente de mí, meneaba lentamente la lanuda cola, y me miraba de hito en hito.

Yo contemplaba á Amparo con el mismo placer con que se contempla una cosa bella, fresca, pura, encontrada por acaso en el erial de la vida.

Era una niña, en toda la extension de la frase, espi-gadita, esbelta, con bonitas manos, ojos hermosos y una montaña de cabellos negros y brillantes, agrupados en trenzas; muy blanca, muy pálida y muy delgada.

Tenia la seduccion de la pureza confiada en sí misma, que por nada se alarma, que nada teme: iba de acá para allá, y me lo revolvia todo.

— ¡Cómo se conoce que aquí no hay una mujer! decía: polvo por todas partes, ¡y un desorden!... todo lo que hay aquí es bueno y bello; pero seria mas bello, pareceria mucho mejor, si estuviese colocado en su sitio. Y luego... ¡estas armas! ¿para qué son las armas? ¿á quién tiene que matar un hombre honrado?

— Son objetos de arte, la dije.

— Traed, pues, á vuestro gabinete un cañon de á veinticuatro cincelado.

— ¡Ah! ¿no crees que sea necesario alguna vez?

— ¡Nunca!

— ¡Ni aun por un asunto de honor!

— Me horrorizaria un hombre que por una cuestion de honor hubiera matado á un semejante suyo... ¿y estos libros?... añadió pasando con la mayor facilidad de un objeto á otro. ¡Novelas!... Creo que en lo peor que puede ocupar un hombre su talento es en escribir novelas.

— ¿Porqué?

— ¿No basta la vida real? ¿qué necesidad hay de exagerarla?

— La novela enseña.

— La novela vicia las costumbres.

— Eso lo dirá el padre Ambrosio.

— Sí por cierto; y basta para mí que el padre Ambrosio lo diga: es un ángel. ¡Ah! el padre Ambrosio sabe que vengo á almorzar con Vd.

— Y ¿qué te ha dicho?

— Nada; absolutamente nada. ¿No sabia el padre Ambrosio que iba sola de noche á recoger trapos por las calles?

Este recurso á sí misma, esta manifestacion de fuerza me encantó.

— ¿Y son estas las novelas que Vd. lee? dijo con severidad Amparo, que habia ojeado uno de mis libros. ¡Oh! esta novela en ninguna parte está mejor que en el fuego.

Y arrojó el libro á la chimenea.

Era un tomo del *Baroncito de Faublas*.

Solo habia tenido tiempo de leer algunas líneas Amparo, y se habia puesto encendida como una guinda. Así con las tenazas el libro y le saqué de la chimenea donde olia mal, arrojándole á la jofaina.

Prometí á Amparo hacer un auto de fé con todos mis malos libros, y mediante esta promesa se estableció nuestra buena armonía.

En seguida nos pusimos á almorzar.

Yo habia cuidado de que el almuerzo fuese muy sencillo y compuesto de alimentos acomodados á las costumbres de Amparo.

Era, en fin, un verdadero almuerzo español, con el indispensable chocolate.

Amparo comia con apetito y sin encogimiento.

Mustafá sentado junto á ella gruñia con impaciencia excitado por el olor de los manjares.

Puse un plato al leal compañero de Amparo, que me dió las gracias con una sonrisa, y acarició despues con su pequeña mano la cabeza del perro, que comia con ansia.

— ¡Ah! dijo hablando con él, esta es la primera vez que almorzamos bien, Mustafá.

— Pues así puedes almorzar, la dije, todos los días. Pintóse una expresión de reserva en el semblante de Amparo.

Comprendí que el mundo especial en que había vivido, ese mundo que se llama *casa de vecindad*, donde resaltan todas las miserias, todas las abyecciones, todas las ignorancias, la había hecho recelosa y desconfiada.

— Puedes almorzar así todos los días, la dije, si consientes que se repita lo que he pensado respecto á ti.

Amparo me miró con una profunda y grave atención, y me preguntó:

— ¿Y qué ha pensado Vd.?

— He pensado primero, en que la posición en que te encuentras es muy precaria.

— He nacido pobre, me contestó con altivez; mi porvenir es el trabajo; acaso con mucha aplicación y alguna suerte podré adelantar, tener dentro de algunos años un taller mio.

— ¿Y las enfermedades?

— ¡Buena manera de alentar á los pobres!

— Es que yo quiero asegurar tu suerte.

Amparo había dejado de comer, y noté que había perdido enteramente su tranquila confianza; que estaba preocupada, disgustada, pesarosa de haber ido á almorzar conmigo.

— Soy rico, la dije, muy rico; sobrino de un grande de España que no tiene hijos, ni los tendrá probablemente, heredaré sus rentas y su grandeza.

Nublóse mas el semblante de Amparo.

— No pienso casarme jamás, continué, y quiero que seas mi hija adoptiva.

Amparo me miró de una manera penetrante, como si hubiera querido asegurarse de hasta qué punto eran verdad mis palabras y la marcada conmoción con que las había pronunciado.

Sin duda mis ojos dejaban ver claro lo que mi alma sentía, porque la expresión de reserva y de duda desapareció del semblante de Amparo; sustituyéndola una dulce expresión de consuelo.

— ¡Ah! exclamó: ¡quiere Vd. remplazar á los padres que he perdido!

Y aunque procuró dominar su conmoción, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Yo gozaba, no sabré decirlo qué placer; pero me sentía feliz y joven y poderoso; me sentía engrandecido.

— Sí, la dije, mientras ella callaba, con la vista inclinada, las mejillas encendidas, sobreexcitada: quiero que no vuelvas al taller.

— ¿Y qué he de hacer? me dijo. ¿Gravar á Vd.?

¿Vivir en el ocio? No, no podría.

Quiero que entres en un colegio.

— ¿Y para qué? No; eso no puede ser. Yo no acepto la adopción de Vd.

— Ya te he dicho que estoy resuelto á no casarme jamás. Aunque soy joven, mi corazón está ya gastado; es muy viejo. Nada espera, nada desea.

— ¡Oh! ¡No; no me diga Vd. eso! ¡No quiero creerlo! ¡Una vida así debe ser horrible!

— ¡Horrible, sí! ¡muy horrible! Por lo mismo es necesario que un deber me ligue al mundo, á la vida: representa tú ese deber.

— Bien, me dijo, mirándome con una expresión que no pude comprender, acepto; seré su hija adoptiva de Vd... pero en un convento.

— ¡En un convento! ¡monja tú!

— Sí; una vez monja, mi porvenir está asegurado.

— Pero tú, que empiezas ahora á vivir... ¡renunciar de tal modo á la esperanza!

— Es lo único que aceptaré de Vd., un dote reducido, cuanto baste...

— No.

— Pues no hablemos mas de ello.

Y se levantó.

— ¿Te vas ya? dije.

— Si señor; no quiero pasar mucho tiempo fuera de casa.

— Pero ¿volverás?

— Acaso no.

— ¿Y por qué?

— ¡Oh! ¡Me ha hecho Vd. sufrir! Adios.

— Espera. No quiero obligarte á que vuelvas; pero por si no nos volvemos á ver, acepta esta memoria mia.

Y tomé de sobre la repisa de la chimenea el estuche que contenía la cruz que había comprado para ella el día anterior, y se lo di.

— ¿Y qué es esto? me dijo abriéndolo; ¡ah! ¡una cruz! la conservaré, la conservaré siempre en memoria de Vd.

Y aprovechando el estupor que había causado en mí el extraño aspecto, la profunda conmoción que noté en ella al expresarme su deseo de ser monja, escapó.

Quando quise detenerla sonó el golpe de una puerta que se cerraba, y luego sentí que bajaba rápidamente las escaleras.

Abrió el balcon, y la ví alejarse por la acera opuesta con paso lento y con la cabeza baja.

Mustafá la seguía cabizbajo tambien.

— Ella volverá, me dije, y cuando menos, la señora Adela vendrá por su asignación á fin de mes.

Había en mi corazón algo que me hacía desear volverla á ver; y sin embargo aquel no sé qué vago, dulce, íntimo, estaba muy lejos de ser amor.

Y era mas que caridad.

O yo no comprendía la caridad, y me engañaba.

O yo no comprendía el amor, y me engañaba tambien.

Esto quería decir, que respecto á ciertas sensaciones, mi corazón era inocente, ó mejor dicho, estaba virgen.

Lo que sí puedo decir es, que el recuerdo de Amparo se fijó en mi pensamiento, fresco, puro, consolador, lleno de encantos y de consuelos.

Si es verdad que estoy loco, mi locura empezó el día que almorcé con ella.

El no verla me tenía de muy mal humor.

La esperaba.

Sin embargo, Amparo no venia.

Pasó el tiempo, y llegó el último día del mes.

Yo esperaba que la Adela sería puntual, y no me engañé.

Se me presentó mas pobremente vestida que lo que yo esperaba, y sin saludarme ni sentarse me dijo:

— Vengo á...

— Sí, por la asignación de Amparo, la interrumpí.

— Eso es.

Abrió mi cartera, y la di un billete de quinientos reales.

— No puedo devolver á Vd. lo que sobra, me dije.

— Lo mismo es, la contesté.

— ¡Ah! ¡Es Vd. muy generoso! Gracias en su nombre; que Vd. lo pase bien.

Y se iba.

— Espere Vd., la dije: tenemos que hablar.

— ¡Ah! ¡tenemos que hablar! ¿va Vd. comprendiendo que es hermosa, demasiado hermosa, para mantenerse respecto á ella en los inflexibles límites de la caridad?

— No se trata de eso.

— Pues no comprendo entonces...

— ¿Qué sabe Vd. acerca del origen de esa niña?

— ¡Bah! ¿Y qué le importa á Vd.? A no ser que...

Y aquella mujer me miró con un recelo hostil.

— ¡Sería gracioso que quisiera Vd. casarse con una muchachuela! añadió con sarcasmo.

— Tampoco se trata de eso; pero si Vd. tuviera algun antecedente... ayudándome Vd. y gastando cuanto fuese necesario, acaso lográramos encontrar á sus padres.

— ¿Y para qué quiere mas padres que Vd.?

Necesité hacer un esfuerzo para contener la cólera que me causaba la fría insolencia de aquella mujer.

— En último resultado, la dije, ¿se niega Vd. á indicarme?...

— Nada sé; la recogí. Ignoro quién era; pero debe ser hija de buenos padres: las ropas que la envolvían eran ricas; llevaba además un magnífico medallón guarnecido de brillantes, y entre la faja un papel que decía:

«Está bautizada, y se llama...» he olvidado el nombre; el que tiene ahora se lo pusieron en la confirmación.

— Es extraño que haya Vd. olvidado su nombre; pero aun queda el medallón.

— No por cierto; le vendí: era necesario criarla... yo era pobre.

— Pero ¿no recuerda Vd. lo que el medallón contenía?

— Sí por cierto: un retrato de mujer.

— ¿Y las señas de esa mujer?

— Las mismas de Amparo: alguna mas edad; pero tan hermosa como ella; un parecido exacto... y es lástima que ese retrato se haya extraviado, porque era una prueba indudable... pero á bien que el retrato existe en Amparo... en engordando la muchacha un poco mas... el mejor día encuentra á sus padres en la calle.

Todas estas contestaciones habían sido pronunciadas con intención maligna; comprendí que existía un misterio terrible entre aquella mujer y la pobre Amparo, y no insistí.

La dejé ir.

Había concebido el pensamiento de apelar á la ley para poner en claro la procedencia de Amparo.

Y como si hubiese comprendido mi pensamiento, aquella mujer me arrojó al salir una insolente mirada de desafío.

Aquel mismo día fui á consultar á uno de los abogados de mas fama.

Me escuchó con atención, y cuando hube concluido, me dijo:

— No veo el medio de arrancar á esa mujer su secreto: el tormento está abolido hace muchos años; por consecuencia, si esa mujer tiene un gran interés en ocultar la procedencia de la protegida de Vd., nada confesará. Queda sin embargo un medio.

— ¿Cuál?

— El dinero. Pagarle su secreto al precio que pida.

Dí las gracias al abogado por su luminoso consejo; le pagué la consulta, y salí.

Pasó un mes.

En vano esperé á Amparo.

La Adela se me presentó de nuevo.

La pregunté por ella.

— ¡Ah! está desconocida, me dijo; ha engordado. ¡Ya se ve! la cuidó bien, ó por mejor decir, la cuidamos bien. La enviaré por acá.

— Ponga Vd. precio á su secreto, la dije desentendiéndome de su observación, y entrando de lleno en mi objeto.

— Es Vd. muy joven, me dijo, para que pueda haber perdido una hija de la edad de Amparo; sin embargo,

podiera ser que algun amigo hubiera encargado á Vd. le buscara una niña perdida.

Y la Adela me miraba de una manera fija, escudriñadora.

— ¿Se obstina Vd. en no confiarme?... la dije.

— Nada sé respecto á ella, me contestó.

Acabé de convencerme de que nada recabaría de aquella mujer; la di dinero; la encargué dijese á Amparo que deseaba verla, y la despedí.

A los pocos días, y cuando acababa de levantarme, me sorprendió un fuerte campanillazo á la puerta.

Abrió Mauricio; sentí pasos apresurados, y poco despues se precipitó en mi gabinete Amparo.

Mustafá la seguía cojeando.

Amparo se asió á mí, y me miró pálida, aterrada, anhelante. Mustafá gruñía dolorosamente.

Venia Amparo en el mayor desorden: deshecho el peinado; una de sus manos envuelta en un pañuelo.

Durante algun tiempo nada me dijo: ni yo, sorprendido, acerté á decirle nada: luego pareció como que despertaba de un sueño, de una horrible pesadilla, y exclamó con un acento ardiente y lleno de ansiedad:

— ¡Ah! ¡Gracias á Dios!

Y se separó de mí, se dejó caer en un sillón, se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar.

Mustafá se acercó á ella cojeando; se sentó, me miró, y siguió con sus dolientes gruñidos.

Sospeché no sé qué horrible cosa, y me aterró.

— ¿Pero qué sucede? la pregunté alentando apenas.

— Sucede, contestó Amparo, mirándome á través de sus lágrimas, que esa infame de mujer ha querido hacerme infeliz.

No pude contestarla: sentí que toda mi sangre se reconcentraba en mi corazón.

— Pero afortunadamente, continuó Amparo, Mustafá me ha salvado, acometiéndome á aquel hombre, y dándome tiempo para escapar: es verdad que el pobre ha sufrido un horrible bastonazo, y que yo he salido del lance herida...

— ¡Herida! exclamé.

— Sí; ¡el horrible viejo me seguía! las escaleras son estrechas y empinadas: caí, di con la cabeza en la barandilla, y casi me he roto una mano; pero al fin estoy aquí; aquí, con Vd. que me defenderá.

No la pregunté mas, ¿Y para qué?

Todo estaba explicado.

Envié á Mauricio por un facultativo, que se encargó de la curación de Amparo y de Mustafá.

La herida de la cabeza de la niña era leve, pero profunda y grave la de la mano.

Mustafá tenía casi roto un hueso.

Amparo se vió obligada á quedarse en casa.

Dos horas despues, cuando estuvo mas tranquila, la dije:

— No puedes volver á vivir con esa infame.

— ¡Oh Dios mio! ¡no! ¡imposible!

— No puedes vivir tampoco conmigo.

— No, no; de ningun modo.

— Tampoco puedes vivir sola.

— ¡Dios mio! ¿y qué hacer?

Y despues de algunos instantes de triste silencio, añadí:

— ¡El convento! ¡es preciso! ¡preciso de todo punto!

— No te daré el dote.

— Me pondré á servir.

— Y sirviendo estarás expuesta á cada paso á peligros como el de que has escapado milagrosamente hoy.

— ¿Pero, por qué cerrarme el refugio del claustro? exclamó llorando.

— Si has de agitarte de ese modo, te dejo sola: agitando, afligiéndote puedes empeorar: tienes calentura, y solo te he hablado porque estás en la casa de un soltero, porque es necesario evitar las interpretaciones. He pensado en que el padre Ambrosio podría adoptarte, ya que te repugna mi adopción.

— ¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamó.

— Pero es necesario que no seas gravosa al padre Ambrosio.

— ¡Oh, Dios mio! ¡otra dificultad!

— La dificultad está salvada. Entra en un colegio.

Quedóse Amparo pensativa, y al cabo me dijo:

— Mandé Vd. llamar de mi parte al padre Ambrosio.

Me dió las señas de la habitación del religioso, y Mauricio fue á buscarle.

Media hora despues, un hombre alto, delgado, pálido, como de sesenta años, muy modestamente vestido con ropas que demostraban un antiguo y continuo trato con el cepillo, entró lleno de ansiedad.

Era uno de esos hombres que llevan el corazón en la cara.

Un corazón todo sentimiento, todo dulzura, todo abnegación, todo caridad.

Y en los ojos, la mirada inteligente y serena.

Y en la frente, la severidad y la majestad de la virtud, la conciencia de sí misma.

Me saludó con encogimiento y me estrechó la mano con efusión.

— Le conozco á Vd., me dijo con la voz trémula; le conozco á Vd. mucho, aunque nunca le he visto hasta ahora.

— Yo tambien le conozco á Vd., le contesté, encantado por lo simpático de su mirada, de su espontaneidad, de su palabra.

Estrechó entre sus dos manos la mia, y sin disimular su impaciencia, me dijo:

— ¿Dónde está?

Le señalé la alcoba, y los dejé en libertad de hablar. La conferencia fué larga; al fin el padre Ambrosio

salió profundamente conmovido, y me llegó la vez de demostrar mi impaciencia.

— ¿Acepta? le pregunté.

(Se continuará.) D. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Neuchâtel, la Chaux-de-Fond.

INAUGURACION DE UN RAMAL DEL FERRO-CARRIL DE BESANÇON (FRANCIA) A NEUCHÂTEL (SUIZA).

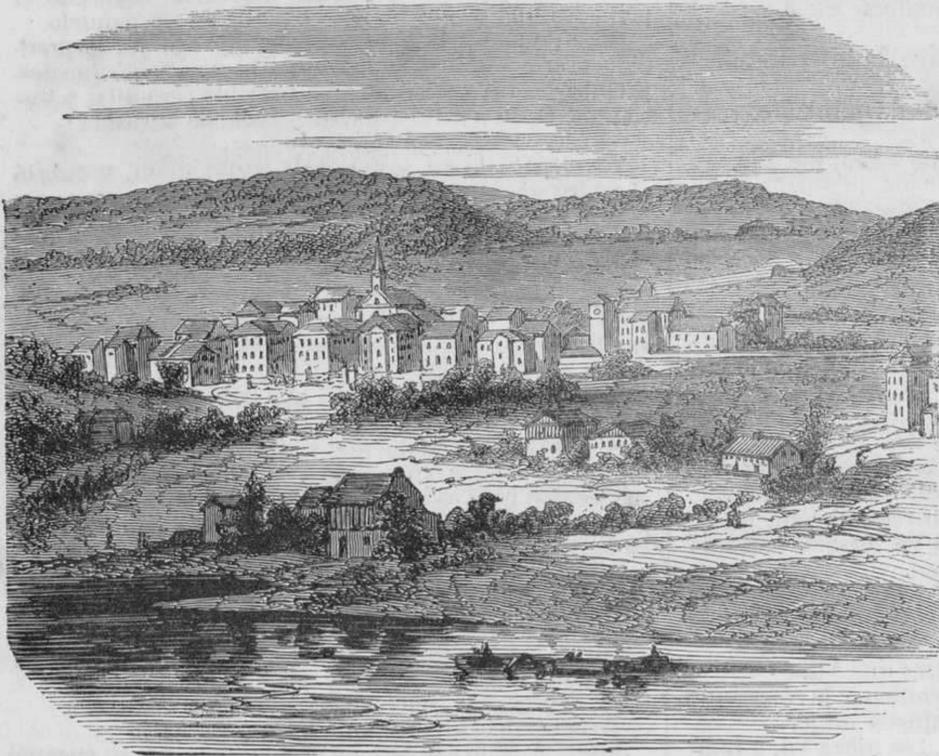
Para todo el canton del Neuchâtel es una gran cosa el establecimiento de esa via férrea que unirá la Suiza con

la Francia por Besançon y que será el camino mas corto de Paris á Berna; así la inauguracion de la primera seccion de la Chaux-de-Fond al Locle ha sido una verdadera fiesta nacional. Todos los montañeses acudieron muy orgullosos con su via férrea que pasa como un maravilloso viaducto sobre una serie de altas cumbres pobladas de abetos, que mas parecen para gamuzas que para locomotoras. Pero ¡qué obras! ¡qué perseverancia! ¡qué de dificultades vencidas! Ese camino de hierro es el mas alto de todos los que hay en el mundo; se halla á 3,063 piés sobre el nivel del mar.

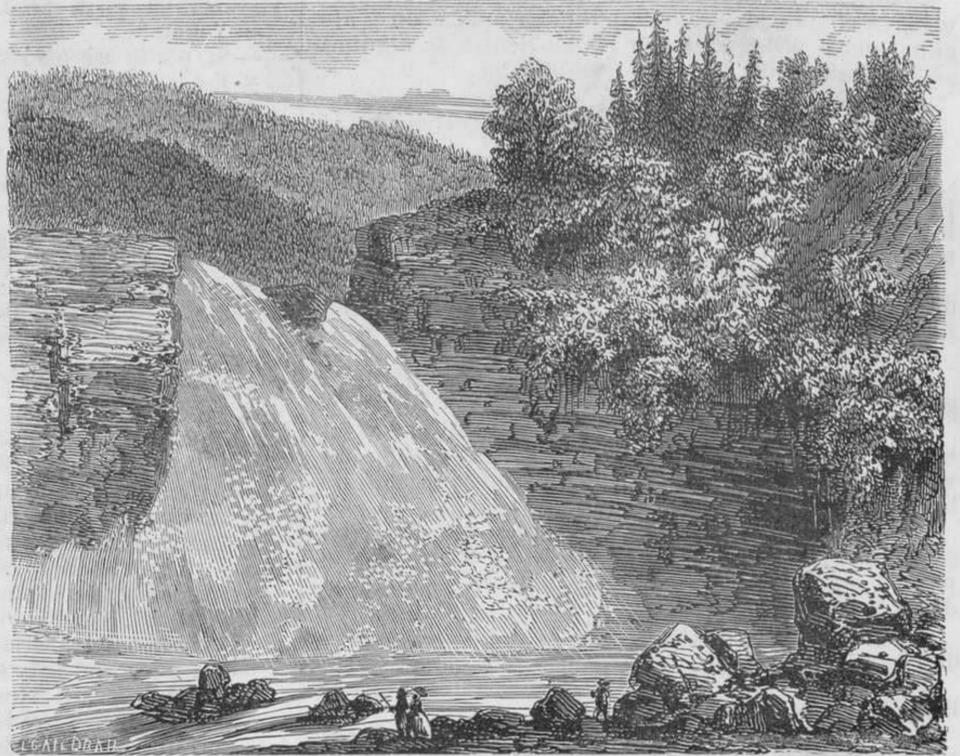
La Chaux-de-Fond, ese gran centro de la poblacion montañesa, se encuentra ya en uno de los valles mas altos del Jura. La altura de ese valle es de 997 piés. A

finis del siglo XV, la Chaux-de-Fond se componia solo de algunas casas en las que vivian únicamente cinco familias, en torno de una capilla de san Huberto, punto de reunion para la caza que el señor de Valengin poseia en el valle cubierto entonces de monte. Hoy esa aldea suiza cuenta cerca de 20,000 habitantes.

Cuando se ha viajado por la Suiza, donde las casas son en general poco elevadas y las ventanas muy bajas, se sorprende uno viendo en la Chaux-de-Fond casas de cinco pisos con ventanas muy altas. Cada año se construyen algunas mas con veinte ó treinta aposentos que se alquilan antes de que la construccion esté acabada. Gracias al nuevo ferro-carril la poblacion de la Chaux-de-Fond se doblará antes de diez años.



La aldea de Brenets.



La cascada del Doubs.

El Locle se halla en comunicacion con el otro pueblo por una serie de habitaciones sembradas á lo largo del camino; las Eplaturas y la Cresta del Locle. Por el valle del Locle pasa el Bied, cuyas aguas corren por las grietas de las rocas. A pocos pasos están los molinos subterráneos de las Rocas, situados verticalmente unos sobre otros á cien piés de profundidad en cavernas abiertas por las aguas del Bied; luego está la Roca Partida, abertura colosal por donde se distingue á lo lejos el Franco Condado.

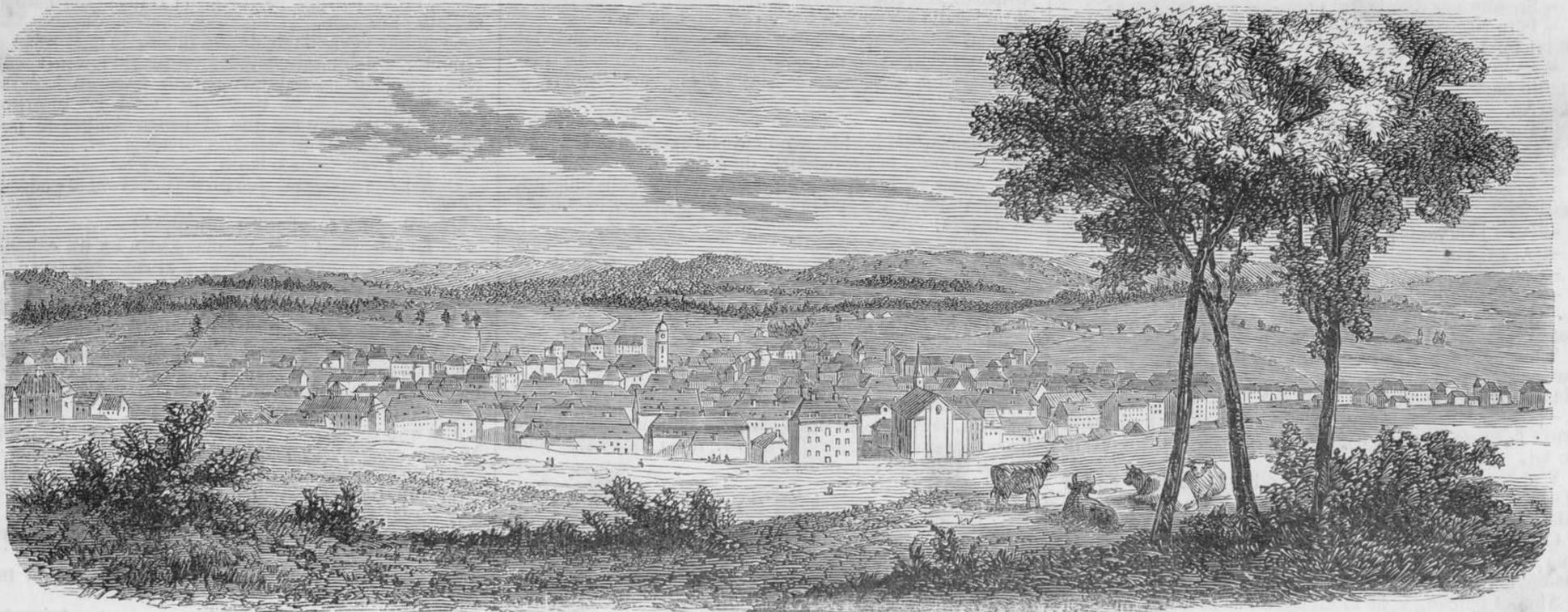
El ferro-carril no pasa todavía del Locle, pero en breve llegará hasta Brenets, y de aquí hasta Besançon, pues el gobierno francés ha prometido la concesion en su territorio á los administradores del ferro-carril del Jura industrial. La aldea de Brenets, separada de la

Francia por el Doubs, es de lo mas bonito que puede verse. Figúrese el lector unas casas de color de rosa, blancas y verdes, construidas á la mitad de la cuesta, y dominadas á cada lado por montañas de cumbres verdosas. Al pié de la poblacion el Doubs forma tres ó cuatro lagos en medio de rocas gigantescas; de allí al salto del Doubs apenas hay media hora. Yo me embarqué en el pequeño lago de Chaillezon con un habitante de Brenets y dos amigos; el espectáculo de aquel lago sereno encajonado en rocas á pico cuyas cumbres apenas se distinguen, me habia sumergido en una admiracion silenciosa, contemplaba con asombro aquella grandeza salvaje y todas aquellas cabezas de rocas que parecen cabezas humanas.

Despues de haber pasado el segundo lago, uno de los

compañeros soltó un grito que el eco repitió siete veces. Los ecos del Rhin son bien débiles si se comparan con ese formidable eco del Doubs cuya primera nota estalla como un trueno y la sétima se apaga como un suspiro. Navegamos aun durante algunos minutos, luego echamos pié á tierra, y en breve nos vimos en la caída del Doubs.

Para contemplar en toda su majestad el salto del Doubs es preciso pasar á la orilla francesa. De allí se ve el rio que cesa de ser navegable corriendo por un cauce de rocas puntiagudas, rompiéndose contra las peñas, volviendo sobre sí mismo como una fiera que busca una salida; luego cuando halla esta salida, precipitándose por ella á mas de cien piés de altura en un golfo cubierto de torbellinos de espuma.



La Chaux-de-Fond.

El dibujo que representa la cascada del Doubs podrá dar al lector una idea del espectáculo, pero no se la dará de los accesos, de los altos picos, de las rocas que se alzan como monstruos de piedra, y del aspecto abrupto y formidable de ese suelo conmovido por los terremotos y abierto por los volcanes.

Pocos países hay mas curiosos para el viajero que ese país de las montañas del alto Jura. La naturaleza se

presenta allí con una energía espléndida. En todas las alturas árboles verdes; en los valles hermosos prados, y luego casitas aisladas en todas las quebraduras del terreno. Unas habitaciones rústicas se hacen esas obras maestras de relojería de que está inundada la Europa y que constituyen la fortuna del Jura industrial. Allí todo el mundo trabaja: el padre, la madre, el hijo, la niña, toda la familia se ocupa de una parte de la relojería. La

division del trabajo se ha llevado á un punto extraordinario. Un reloj de bolsillo antes de ser entregado al comprador, pasa por unas sesenta manos, y esos trabajadores ganan un salario que por término medio es superior al de todos los Estados europeos.

Hace algunos siglos, todos esos valles, hoy tan ricos y tan industriales, eran una guarida de fieras. La pequeña colonia de cinco familias que se estableció en la

Chaux-de-Fond dió origen á todos esos pueblecillos perdidos en los negros bosques del alto Jura, cuyos habitantes ofrecieron en breve el carácter vigoroso que dan la limpieza, la familia, el aire puro y vivo de la libertad.

Un siglo despues del establecimiento de la pequeña colonia, un tratante en caballos que llegó de Inglaterra, contió su reló que se le habia desgobernado á un jóven llamado Daniel Juan Ricardo. Este examina el reló, le gobierna y resuelve hacer uno igual. Para esto principia por fabricarse los instrumentos, y al cabo de un trabajo que dura cerca de dos años, logra terminar un reló cuyas partes todas, sin excepcion, eran de su mano. Tal es el modesto principio de la relojería en las montañas del Jura.

Daniel Ricardo hizo discípulos, y la industria de la relojería se desarrolló con tanta rapidez que 25 años despues de la muerte del primer relojero montañés, constituia la principal ocupacion de la gente del país.

El Locle que no tenia mas que 3,000 habitantes, contaba mas de 300 relojeros; la Chaux-de-Fond 400, Brenets, los Puentes y Sayne tenian tambien sus obreros, y todos esos relojeros reunidos fabricaban anualmente 12,000 relojes sencillos y de repetición, sin contar los de sobremesa sencillos y compuestos.

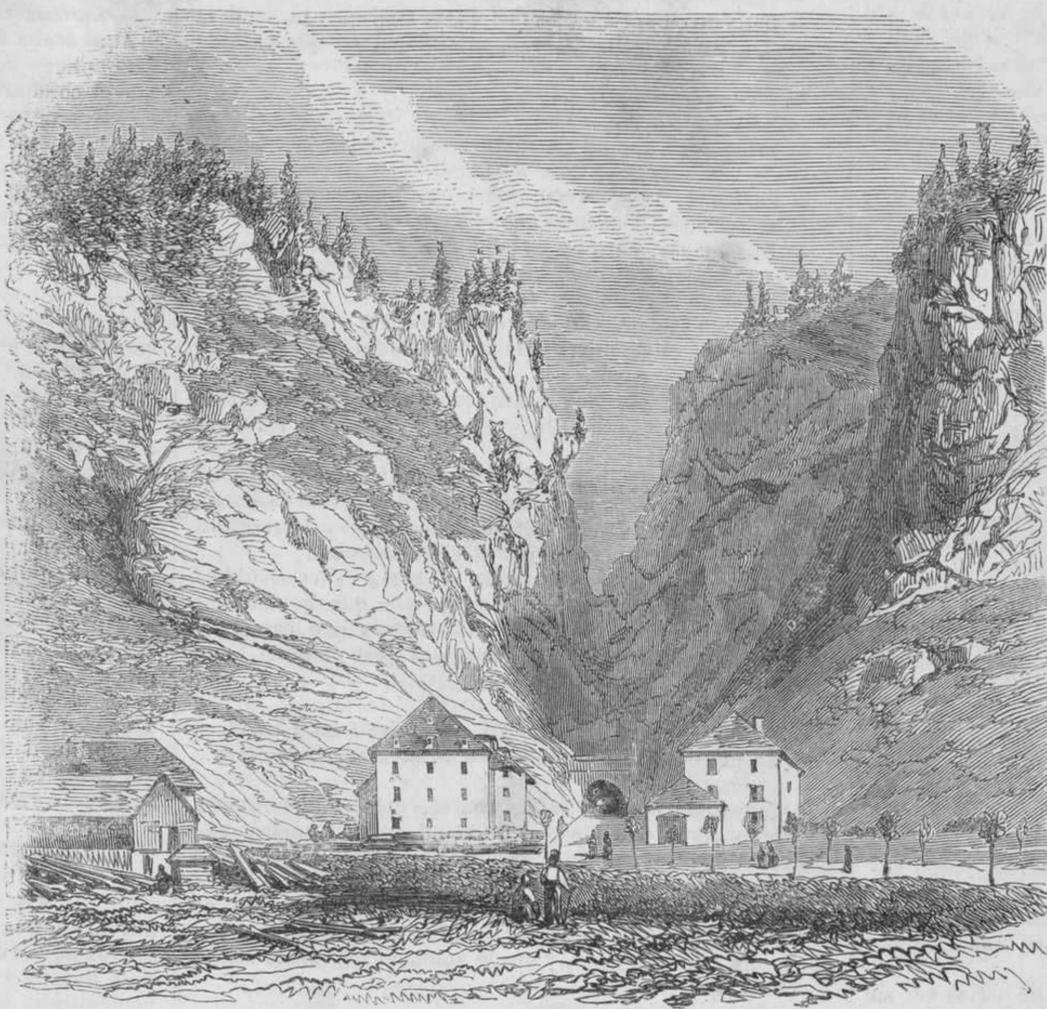
Entre los artistas ya célebres entonces, Santiago Droz, padre de la Chaux-de-Fond, debe figurar en primera línea, fabricaba péndulos de flauta y de repique que eran la admiracion de la Europa; el que vendió al rey de España era soberbio. Hoy que la industria ha cambiado completamente el aspecto de las montañas y transformado en opulentas ciudades las aldeas agrícolas, se calcula en cincuenta millones el valor, y en mas de un millon el número de los relojes fabricados anualmente en las montañas neuchatelesas y en el valle de San Imier. Esos relojes, muy variados en precio y calidad, desde el mas comun hasta el cronómetro mas perfecto, se exportan á todos los puntos del globo. Por la aduana de Morteau (frontera de Francia por Besançon) pasan 360,000 cada año con destino á Francia y América.

La fábrica neuchatelesa tiene su centro principal en la Chaux-de-Fond y en el Locle, pero no se encuentra allí absolutamente concentrada. Hay fabricantes en Brenets, en los Puentes, en Sayne, en el valle de San Imier, en el valle de Travers, un valle de un aspecto que asusta y mas pintoresco que ninguno. Allí he visto embutidos en las rocas los dos anillos enormes que sostenian la

cadena extendida por los montañeses para contener la marcha del ejército de Carlos el Temerario. Plantados en los picos mas altos, los suizos arrojaban peñascos enteros que aplastaban á los guerreros con sus armaduras férreas. A diez leguas en contorno el país se halla poblado de relojeros; no hay una sola casa donde no se ejecute ese trabajo.

Curioso es el efecto que produce el espectáculo de esa

situado en medio del camino de la Chaux-de-Fond á Neuchatel, están abriendo dos tuneles gigantescos, que he visitado en compañía de los administradores de la línea. Sobre las montañas que atraviesan los subterráneos se descubre un magnífico panorama, sobre el Jura por un lado, y por otro sobre la cordillera de los Alpes, que se extiende desde el monte Blanco hasta el San Gardo.



La garganta de las Rocas.

industria en medio de esas montañas, entre esa naturaleza que parece mas bien la patria de los cazadores. Al subir por esas cuestas desde donde distinguia á mis piés el lago de Neuchatel, el lago de Bienne, el lago de Morat y al extremo del horizonte todo el panorama de los Alpes, estaba maravillado viendo funcionar la industria donde solo creia encontrar la soledad.

Ahora hablaré del trayecto del ferro-carril desde la Chaux-de-Fond hasta Neuchatel. Todo está cubierto de trabajadores. En toda la línea la calzada se eleva aquí atravesando montañas, allí subiendo á las cumbres mas altas, allá salvando valles inmensos. En el valle de Ruz,

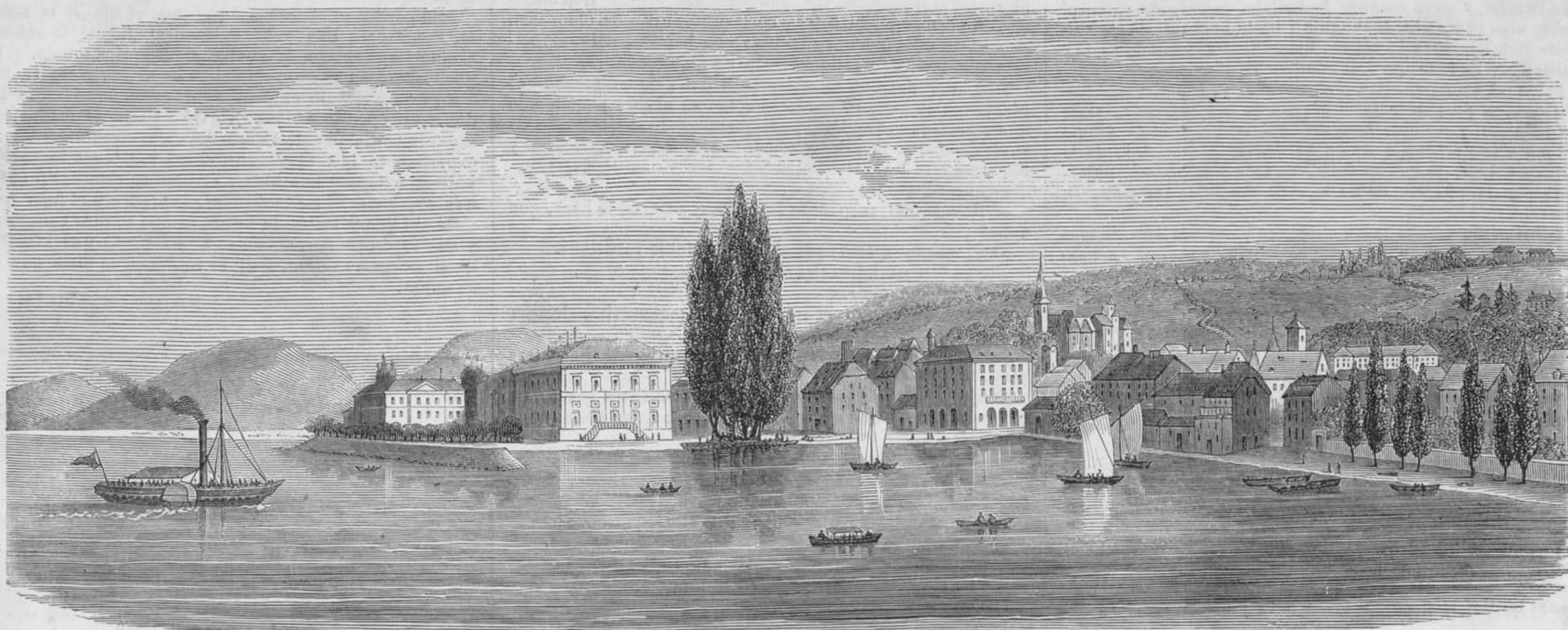
distingue la cordillera de los Alpes en toda su longitud, y pueden contarse uno detrás de otro todos esos picos desiguales que se suceden en una extension de mas de cincuenta leguas: el sol en el ocaso da á esas cumbres heladas tonos rosados, mas brillantes aun por el contraste de los pequeños Alpes friburgenses que se destacan en primer término como inmensas manchas de tinta. En cuanto al agua trasparente del lago, es tan azul que parece un reflejo del cielo. Los vaporcillos que hacen el servicio diario de Neuchatel á Iverdun y los barquitos de vela que se deslizan por la superficie del lago, dan el movimiento y la vida á ese paisaje encan-

Abajo está el valle de Ruz, uno de los valles mas poblados y fértiles del país: le llaman el granero de Neuchatel, y es un circo de siete leguas de extension, en el cual en medio de los árboles y las flores se distinguen dos aldeas, cuyas casas inundadas de sol, hacen que recorra la vista toda la escala de los tonos encarnados. El lago de Neuchatel brilla á pocos pasos como un espejo, y mas allá del lago se distingue la campiña verde y apacible de Vaud y de Friburgo.

En estando totalmente terminado el ferro-carril cuya primera seccion se acaba de inaugurar, será ese un precioso viaje. Cuando en el punto en que nos hallamos ahora, el convoy desembocando de los tuneles, salga de las tinieblas para lanzarse en el valle de Ruz, difícil le será al viajero menos entusiasta el resistir á la emocion de tan asombroso espectáculo.

Me falta tiempo para señalar todas las curiosidades del camino. Hé aquí á mi izquierda el castillo de Valengin que es hoy una cárcel, como todas las antiguas moradas feudales. Luego está la aldea del mismo nombre situada á 700 metros en el fondo de un valle estrecho á la entrada de la garganta que atraviesa el riachuelo el Seyon, y por último, se descubre la bonita ciudad de Neuchatel.

Esta poblacion inclinada á la orilla de su lago, es una de las mejor situadas de la Suiza. Cuando el tiempo está claro, paseándose por la alameda á la vista del agua, se



Neuchatel.

tador; Neuchatel es un pueblo de recreo desconocido. No me extenderé mucho en la ceremonia de inauguración; todas esas fiestas se parecen. Sin embargo, esta tenia un carácter original mas pronunciado. Los administradores del camino convocaron en la Chaux-de-Fond á los personajes importantes no solo del canton, sino de la Suiza. Muchos acudieron, y entre los extran-

jeros citaré á M. Convers, el alcalde de Besançon, que está dando los pasos mas activos para que la seccion de Besançon á los Brenets se conceda cuanto antes: parece no se pasará este año sin que lo consiga.

Despues de la marcha del tren de honor para el Locle y el regreso á la Chaux-de-Fond, se reunieron en un gran banquete los seiscientos convidados. Se echa-

ron brindis á la Confederacion y á la Francia, y se dieron gracias á los administradores y al ingeniero M. Ladame.

Esta fiesta de familia presidida por M. Piaget, jefe del poder ejecutivo de la república de Neuchatel, ha sido una de las mas hermosas y cordiales que se han visto hasta el dia.
E. T.

Revista de Paris.

Ha llegado á Paris uno de nuestros hombres mas eminentes, el señor duque de Rivas, nombrado embajador de S. M. la reina de España. Ministro de la Corona y antes embajador en Nápoles, el señor duque de Rivas es un personaje político y diplomático de bastante significación é importancia para que la corte imperial recibiera la noticia de su nombramiento con sumo agrado. En cuanto á los títulos literarios de nuestro nuevo embajador en Paris, seria largo y hasta cierto punto inútil emprender aquí su enumeracion, pues en todas partes donde se habla nuestra lengua se han representado sus dramas, y todos los amantes de la poesia han leído mas de una vez el «Moro Expósito», una de las obras mas notables de la literatura española. Creemos poder tener el gusto de ofrecer en breve á nuestros lectores alguna de las últimas producciones del señor duque de Rivas, que ni aun en medio de sus altas atenciones de hombre de Estado ha querido descuidar un momento el cultivo de las bellas letras y de las artes que le han dado tan grande y merecida fama.

Se han principiado ya los preparativos de las fiestas del 15 de agosto, que se reducirán, segun nuestras noticias, á lo de costumbre; teatros gratis, iluminaciones y castillos de pólvora; lo suficiente para que se divierta ese medio millón de parisienses que no quiere desperdiciar las ocasiones. Frente al campo de Marte, donde tendrán lugar este año los regocijos públicos, se construirá una inmensa pirámide que imitará el monumento proyectado en memoria del reinado de Napoleon III; esta obra colosal tendrá 100 metros de altura, es decir, será mucho mas alta que las torres de la catedral. El 15 de agosto juzgaremos ya de su efecto si se levanta la proyectada imitación. Para mas pormenores esperamos el programa, que no tardará en verse.

Se están imprimiendo á toda prisa las obras póstumas de Beranger, que saldrán á luz en este mes de agosto. Se componen de unas cien canciones inéditas que hace años ya el ilustre difunto tenia depositadas en casa de un notario, de algunas notas curiosas sobre diversos acontecimientos, y de su correspondencia que es considerable. Cuando Beranger habitaba en Passy, escribió varios apuntes sobre la historia de Francia, y luego principio sus Memorias, pero renunció á sus tareas y quemó todos los documentos que habia reunido. Por lo que toca á sus Memorias dió la razon de que «le asustaba lo mucho malo que tenia que decir de sus contemporáneos.»

Beranger ha escrito un número infinito de cartas en su vida para responder á todos aquellos que sin conocerle se dirigian á él consultándole sobre su mérito literario ó poético. Ninguno se quedó sin contestacion, y en todas estas comunicaciones Beranger demostraba siempre una benevolencia á toda prueba. Muchos tomos de poesías de autores enteramente desconocidos se han vendido en Paris solo porque contenian en la primera página una carta del célebre cancionero. Despues de la muerte de Manuel se halló entre sus papeles su correspondencia con Beranger. En estas cartas íntimas del poeta resalta de un modo particular esa gracia maliciosa y aguda que es el carácter mas general de su talento. Sin embargo se nota tambien que evita con todo cuidado los asuntos políticos.

La publicacion de toda esta correspondencia nos mostrará á Beranger bajo un nuevo aspecto.

Los artistas de varios teatros de Paris han conducido á la última morada los restos de una actriz célebre hace mucho tiempo, y cuyo nombre se hallaba sumergido ya en el olvido mas profundo. Inevitable y triste porvenir de las ruidosas notabilidades de teatro. Llamábase Aldegonde Jeanne Pelissé, y ha fallecido á la edad de 71 años.

Entre los acompañantes al cementerio se contaba un hombre que no pertenece ni al gremio de los autores ni al de los cómicos, pero que figuraba allí para pagar el último tributo á la persona á quien ha debido el principio de la fortuna colosal de que disfruta. Es toda una historia publicada por la «Gaceta de Paris», de donde la tomamos en extracto.

El principio de este lance auténtico y curioso data de mas de cuarenta años; Aldegonde se hallaba entonces en todo su apogeo; los poetas celebraban sus hechizos, los que no eran poetas la enviaban ramilletes y obsequios de mas valor, los autores dramáticos la consultaban, y su opinion era una sentencia irrevocable.

Un dia la actriz á la moda se hallaba en su gabinete (en aquel tiempo de estilo figurado se llamaba la «sala de armas») cuando entró la doncella á decirle que deseaba hablarla un jóven.

— ¿Qué traza tiene?

— Ni buena ni mala; pero por lo rapado de sus vestidos diria que es un poeta.

Aldegonde estaba en un instante de buen humor, y franqueó su puerta al visitante.

No era todavía un autor, pero aspiraba á serlo. Su fisico sin embargo no podia autorizar tales pretensiones: era un hombre grueso, rechoncho, de fisonomía ordinaria y de manos toscas; se presentó temblando y no se atrevia á entrar.

— Acérquese Vd., le dijo la actriz, no le sucederá á Vd. nada malo.

— Tanta bondad...

— Pero ¿qué es eso que saca Vd. del bolsillo?

— Es una comedia, una comedia burlesca en la que he escrito un papel para Vd.

— Muy bien, deje Vd. el manuscrito, y una vez que le haya leído hablaremos.

— ¿Cuándo podré volver?

— Hoy mismo.

El jóven dió mil gracias, saludó y se disponia á salir, pero Aldegonde le detuvo con esta pregunta:

— ¿Le gusta á Vd. que le digan la verdad?

— Sí por cierto.

— Pues entonces vuelva Vd. esta noche sin falta.

Efectivamente por la noche nuestro autor en ciertas apariencias de nuevo; la actriz le mandó sentar y entabló con él este curioso diálogo:

— Tengo que conversar un rato con Vd.; pero no es muy lisonjero lo que voy á decirle.

— Todo lo que Vd. diga es agradable.

— Nada de cumplimientos insípidos, al grano; he leído la comedia, y á mi juicio no vale ni el papel en que ha sido escrita.

El jóven se puso pálido.

— ¿Piensa Vd.?

— Estoy muy segura de lo que digo; nada hay en ella que sea soportable, ni aun mi papel.

— En suma, quiere decir que no se puede representar, exclamó el poeta haciendo un esfuerzo inaudito.

— Justamente; pero no es todo aun, juzgo por esta pieza que nunca hará Vd. nada que valga dos cuartos.

El jóven se levantó con presteza.

— Oígame Vd. sin enfadarse; quiero darle á Vd. un buen consejo, y es el de que renuncié á la carrera de autor dramático. ¿Es Vd. rico?

— No señora; soy muy pobre, pero persisto en mi idea; quiere decir que si no hago buenas comedias, las haré malas.

— Atroz especulacion; va Vd. á reunir á los enojos de una vida indigente la posicion ridícula de un autor silbado. Al cabo de veinte años de agitaciones estériles se encontrará Vd. sumergido en una miseria ya sin esperanza.

— Todo eso está bien; pero la vocacion es irresistible.

— La eterna cancion de los poetas; y lo que me choca es que todos la repiten, lo mismo los buenos que los malos. No tienen ojos en la cara. — Vamos á otro punto: ¿tiene Vd. familia?

— Sí, tengo un padre.

— ¿Y qué dice al ver que Vd. se dedica á las letras?

— Ya no dice nada, porque me ha arrojado de la casa.

— ¿Cómo sucedió?

— Entró una mañana en mi cuarto, y como distinguiera en un cuaderno una porcion de renglones desiguales, exclamó: «¿Versos aquí?... ¿Cómo? ¿Tú haces versos?» — Y al contestarle yo que queria dedicarme á la poesia, cerró los puños gritando: «Para seguir con lustre tal oficio, es preciso ser un descañado ó un príncipe.» Y sin mas razones me echó á la calle, y desde entonces no hemos vuelto á vernos.

— ¿Qué estado es el suyo?

— Confitero.

— ¿Y haria algo por Vd. una vez abandonada la poesia?

— No lo dudo.

— En ese caso, oiga Vd. un buen consejo: mañana mismo vaya Vd. á verle, pídale Vd. para empezar una pacotilla de frutas en almibar, albaricoques, ciruelas, cerezas, grosella, y corra Vd. en seguimiento del ejército: no pierda Vd. de vista las águilas, y venda Vd. sus confituras á esa Francia esparcida por Europa. Puede Vd. si quiere hacer malos versos por el camino; pero al llegar á los campamentos ó á las ciudades conquistadas, hará Vd. fortuna. Una vez rico ya, vuelva Vd. á Paris, componga Vd. comedias detestables tantas como quiera, pero no las haga Vd. representar ni imprimir, pues no se debe buscar la ruina de nadie.

El poeta lanzó un suspiro de los mas profundos, se enjugó con mucho dolor sus ojos redondos, cepilló el sombrero con su manga, hizo tres cortesías (al uso de entonces), pronunció un «muchas gracias» que habria partido un corazón de piedra, y salió de casa de Aldegonde.

Tres años despues la actriz se hallaba en su mismo gabinete (no se estilaba mudarse como en el dia) prendiendo en su hermosa cabellera una mariposa de oro con ojos de rubies, cuando la misma criada entró anunciando lisa y llanamente:

— El confitero.

— No conozco, respondió la cómica; pero no le hace, que entre.

En el mismo instante resonaba una doble carcajada.

— ¡Ah! ¡es Vd.! exclamaba la actriz.

— Yo mismo, señora.

Efectivamente, era el portador del manuscrito, siempre con su fisonomía y su aire de palurdo.

— Siéntese Vd. en ese sofá donde estuvo Vd. hace tres años.

Aldegonde le miraba con curiosidad por entre sus dedos mientras seguia en su operacion de prenderse la conchabida mariposa.

— Pero siéntese Vd. en el sofá, repitió con dulzura.

— No, respondió el jóven; prefiero este sillón; estaré mejor colocado para ver á Vd.

— ¿Y qué tal las frutas en almibar?

— Traigo á Vd. la última cajita en señal de gratitud.

— ¿Con que mi consejo aprovechó?

— Mas de lo que Vd. puede figurarse.

— Vamos, cuénteme Vd. la cosa.

— Mi viaje en pos del ejército francés me ha producido la suma de trescientos mil pesos.

— ¡Trescientos mil pesos!

— Justos; á cien mil por año.

Aldegonde que habia acabado de fijar en sus cabellos su mariposa de oro con ojos de rubies, se acercó al jóven.

— ¡Qué instinto de adivinacion posee Vd.! Murat puso mi pacotilla á la moda: Ney era aficionadísimo al albaricoque; los antiguos republicanos se chupaban los dedos con mis conservas de cerezas... pero en suma, no podria decir quiénes eran mis mejores parroquianos. Todo el mundo se disputaba mis frutas en almibar antes y despues de la victoria.

La actriz habia tomado un abanico y callaba; el espectador afortunado, cambiando de conversacion, quiso decir que aun escribia comedias; mas ella le interrumpió al punto:

— Muy bien, pero que no las vea nadie.

— ¿Cómo? ¿no debo hacer representar alguna?

— Jamás.

— ¿Y en qué puede ocuparse un hombre tan rico como yo?

Aldegonde respondió en voz baja:

— En comerse su dinero.

Aquí acaba la historia, que acaso tiene un epílogo, pero este epílogo no ha llegado á nuestra noticia. Sabemos sí que el confitero en cuestion siguió aumentando su fortuna en otros negocios, y que ha llegado á ser, como hemos dicho antes, un fuerte capitalista.

Queda pues bien explicada su presencia en los funerales de la difunta.

No hay semana en que los periódicos de Paris dejen de darnos noticias sobre el demasiado famoso M. Home. Nosotros hemos evitado lo mas posible el hablar de tan prodigioso personaje, porque deseábamos poder añadir á la relacion de tal ó cual milagro, «le hemos visto:» pero no se entra fácilmente en comunicacion con M. Home. Veremos si en el próximo invierno somos mas dichosos.

Entre tanto anunciaremos hoy su salida para Baden. Algunos jugadores arruinados se disponen á seguirle con ánimo de suplicarle que por medio de una evocacion les haga ganar allí lo que perdieron el año último; pero esta será una tarea superior á las fuerzas de M. Home, cuyo poderío en último resultado solo consiste en hacer bailar las mesas y en agitar las colgaduras de los balcones. Sin embargo, el público le atribuye fenómenos mas extraordinarios que estos, y no es de extrañar por otra parte si se atiende á los testimonios que se producen.

Hoy mismo leemos en un periódico político una carta firmada por «un suscriptor,» en la cual se pretende probar «con un hecho auténtico» que las manifestaciones de M. Home no son asunto de pura curiosidad, sino que tienen una utilidad directa y positiva. Vamos á dar cuenta aquí del hecho en cuestion, siquiera sea para que nuestros lectores se formen idea de lo que se dice en Paris sobre M. Home.

Parece ser que una señora que habita en el barrio de San German tiene un hijo de trece años que se habia quedado sordo hace unos cinco de resultas de una enfermedad grave, sin que todos los esfuerzos de los principales facultativos de Paris hubiesen logrado su cura. Cuando esta sordera llegaba á ser mas intensa que de costumbre, la madre magnetizaba á su hijo por insuflacion, y de este modo le proporcionaba un alivio pasajero.

Una mañana que con el mayor recogimiento se preparaba para magnetizar al hijo, vió elevarse á su lado poco á poco un vapor ligero y brillante, en el cual se iba dibujando una forma humana, hasta que completándose llegó á aparecer la figura de un jóven muy rubio. En seguida su madre oyó estas palabras pronunciadas suavemente:

— Si tocara yo á tu hijo, le sanaria.

Y la aparicion se desvaneció al instante.

Muy conmovida con lo que habia visto, la madre contó el caso á muchas personas, y al trazar el retrato de la vision que se habia manifestado á ella, la dijeron que debia ser Dunglas Home. Se informó de dónde vivia el americano, le escribió lo que acababa de suceder, y luego se presentó con su hijo. M. Home se mostró muy afable, llenó de caricias al niño, le puso las dos manos en la cabeza, y al cabo de un cuarto de hora «habia recobrado el oido.»

Esto pasaba el 21 de marzo último, el dia de la salida de M. Home para Nueva York. Se despidió de la señora diciéndola que estaria de vuelta antes de dos meses, y la suplicó que á su regreso no dejara de visitarle con su hijo.

En este intervalo el jóven habia continuado bueno del oido; y así cuando M. Home volvió á Paris, la madre se presentó inmediatamente á darle las mas vivas gracias: Home experimentó la mayor satisfaccion por tan feliz resultado, y desde entonces una buena amistad se estableció entre las tres personas, el magnetizador, la madre y el hijo.

Hé ahí una muestra de las cosas que se dice suceden hoy, y que se creen por muchos. Lo cierto es que el prestigio de M. Home no decae, muy al contrario se diria que va en aumento.

MARIANO URRABIETA.

Desde balcon á balcon.

I.

Desde mi balcon te veo
Cara á cara y frente á frente,
Cuando riegas los jazmines
Y la albaca y los claveles
Que tu habitacion perfuman
Porque en tu balcon florecen.
Me parecen muy hermosas
Las flores que regar sueles,
Pero tú, flor de las flores,
Mas hermosa me pareces;
Por eso á todas las horas
En tu balcon quiero verte,
Y por eso, ¡ay Dios! por eso
Enamorado me tienes.
Me muero por confesarte

Lo que el corazon te quiere,
Pero es la calle tan ancha,
Que mis palabras se pierden
Entre tu balcon y el mio
Por mas que la voz esfuerce,
« Y no te puedo decir
Lo que mi corazon siente. »

II.

Quando cierras los cristales
De tu balcon, me parece
Que la luz del sol se apaga,
Que una oscura noche viene,
Y fijo mis tristes ojos
En la muselina ténue
Que te recata á la vista
Del que se muere por verte.
A veces la agita el viento
Y la levanta otras veces...
¡Ay, si vieras qué ilusiones
Entonces forja mi mente!
Me figuro que es tu mano
Quien la cortinilla mueve,
Porque tus ojos me buscan
Y tu corazon me quiere;
Pero recuerdo en seguida,
Que ignoras mi amor ardiente,
Pues velo el fuego del alma
Con un semblante de nieve,
« Y no te puedo decir
Lo que mi corazon siente. »

III.

Desde mi balcon descubro
El blanco lecho en que duermes,
No bien le abandonas y abres
Tu balcon cuando amauece,
La confusion y el desorden
Que en él mis ojos advierten,
Me revelan que tus sueños
Son agitados y breves.
¿ Qué inquietudes te desvelan?
O ¿ de qué mal adoleces?
¡ Acaso, como yo, el alma
Enferma de amores tienes!
¡ Acaso en el lecho lloras,
Como tambien me sucede,
Esperanzas amorosas
Que en él nacen y en él mueren!
Ven á llorar en mi seno,
Pobre tórtola doliente...
Pero mi acento amoroso
En el espacio se pierde,
« Y no te puedo decir
Lo que mi corazon siente. »

IV.

Blanca paloma encerrada,
Rompe las tiranas redes,
Y ven á buscar el cielo
Que mi corazon te ofrece.
La juventud es hermosa;
Pero se marcha y no vuelve,
Y es triste pensar en ella
Cuando pasó estérilmente.
Las almas como la mia
Hasta el dolor embellecen:
Ven á mi lado, y el arte
Que Dios me enseñó te enseñe,
Y verás como los cielos
Mas azules te parecen,
Mas floridas las praderas,
Mas perfumado el ambiente,
Mas placentera la vida
Y menos triste la muerte...
Pero ¡ ay Dios! en el espacio
Estas palabras se pierden,
« Y no te puedo decir
Lo que mi corazon siente. »

ANTONIO DE TRUEBA.

El meeting de Londres

EN FAVOR DEL CANAL DE SUEZ. — LORD PALMERSTON
CONTRA EL CANAL DE SUEZ. — CARTA DE M. DE LESSEPS.

El grabado de la página siguiente representa el meeting habido en Londres el 24 de junio en favor del

canal de Suez. La votacion fué unánime como en los meetings anteriores celebrados en las otras diez y ocho ciudades comerciales é industriales de Inglaterra que ha visitado M. de Lesseps. — M. de Lesseps abrió la discusion en el meeting de Londres con un discurso en francés; el artista de Londres, autor de nuestro dibujo, le representa en él mientras usaba de la palabra.

Este meeting ha sido el último acto de la agitacion que ha conmovido á la Inglaterra en los últimos dos meses, y ha sido como la sancion de todos los demás; pero parece ser que este triunfo de M. de Lesseps ha herido vivamente al ministro que dirige en el día el gabinete inglés. Dos días despues del meeting de la Cité, lord Palmerston hacia atacar violentamente á la empresa del canal de Suez y á M. de Lesseps por el *Morning-Post*; y luego, no hallando sin duda suficientes las inectivas de este periódico, quiso llevarlas por su boca á la tribuna de la cámara de los Comunes en la sesion del 7 de julio, á propósito de una cuestion especial del honorable M. Berkeley, representante de Bristol.

Hé aquí en qué términos tan poco convenientes la infalibilidad de lord Palmerston falla contra el parecer unánime de la Europa culta.

« M. BERKELEY pregunta si el gobierno de S. M. interpondrá su influencia ante S. A. el Sultan para apoyar la demanda hecha por el virey de Egipto, á fin de obtener de la Sublime Puerta la autorizacion de abrir en el istmo de Suez un canal de navegacion, proyecto para el cual M. Fernando de Lesseps ha obtenido del virey de Egipto la concesion correspondiente, y ha recibido la aprobacion de los principales puntos marítimos y mercantiles del Reino Unido. Si el gobierno de S. M. ha de oponer al proyecto algunos reparos, desearia que manifestase los motivos en que los funda.

LORD PALMERSTON: No es muy probable que el gobierno inglés interponga su influencia con el Sultan para apoyar la peticion de que se trata, puesto que, quince años há, está empleando toda la influencia que podia ejercer para impedir la ejecucion del proyecto del canal de Suez. Esta empresa, considerada bajo el aspecto mercantil, puede colocarse entre los proyectos de engañifa que de cuando en cuando vienen á entusiasmar á los capitalistas papa-moscas. Yo sé, por una autoridad en cuya competencia puedo fiar, que este proyecto es materialmente irrealizable, salvo mediante gastos tan considerables que nunca podrán ser compensados por los beneficios.

Creo pues y deseo que S. S. diga á los que le han hecho hablar de esto en la cámara, que se llevarán gran chasco los que aventuren su dinero en esta empresa; esto sin embargo no es un motivo para que el gobierno de S. M. se manifieste contrario á él, pues en los negocios particulares cada individuo es completamente libre, pero en el fondo este proyecto es hostil á los intereses de Inglaterra y opuesto á nuestra política constante en lo relativo á las relaciones de Inglaterra con Turquía, política sancionada actualmente por la guerra y por el tratado de Paris.

Yo creo que el proyecto en cuestion tiene por objeto facilitar la separacion de los dos paises. Se basa en el pensamiento lejano de un acceso mas fácil á nuestras posesiones de Indias, que basta indicar, porque es evidente para todo el mundo. Extraño pues que M. de Lesseps cuente tanto en la credulidad de los capitalistas ingleses, para pensar que logrará comprometer su dinero en un proyecto tan hostil á los intereses de Inglaterra.

Este plan fué dado á luz hace quince años como un proyecto rival del ferro-carril que favorecia la política inglesa, y que concluido debia facilitar un camino mas corto para ir á Suez. No hay duda de que M. de Lesseps es hombre muy constante, y estoy persuadido, aunque la empresa no pueda jamás llevarse á término, de que llegará á conseguir alguno de los fines que se propone. Si los amigos de M. de Lesseps quisiesen atender á mis consejos, no tomarian participacion alguna en el proyecto. »

Estas palabras del noble lord contra una empresa de utilidad general tan evidente, que han sido repetidas y con mas inconveniencia aun en una de las últimas sesiones de la cámara, no necesitan largos comentarios; para apreciarlas con poca dureza, diremos que solo pueden explicarse conociendo esa excentricidad peculiar á S. S. que le ha atraído en muchas ocasiones las fundadas críticas de toda Europa, y que tanto menoscaba las otras prendas recomendables que deben apreciarse en su carácter.

En contestacion á las palabras agresivas de lord Palmerston, M. F. de Lesseps ha dirigido la siguiente carta á los vocales de las juntas de comercio y de las sociedades mercantiles de la Gran Bretaña. — Vemos con gusto que en este documento, fechado en Paris el 11 de julio de 1857, se declara que las dificultades que se intenta crear á la empresa del canal marítimo de Suez, lejos de infundir desaliento á sus promovedores, les impulsarán á redoblar los esfuerzos para vencerlas. — Pero hé aquí la carta:

Señores: No debo dejar sin contestacion las aserciones que el primer lord del tesoro se permitió sentar relativamente al canal de Suez, en la sesion de la cámara de los Comunes del martes 7 de julio de 1857.

Lord Palmerston, contestando al noble M. Henry Berkeley, representante de la ciudad de Bristol en el parlamento, hizo oposicion á la abertura del canal de Suez con razones mercantiles, facultativas y políticas, y con personalidades que me abstengo de calificar.

Por lo que hace al primer punto y en lo relativo á las ventajas comerciales para la Gran Bretaña, lo contesto

con vuestra autoridad y vuestra competencia, que falló despues de un exámen y discusion profundos.

Contesto con vuestro parecer unánime, y con el de las diez y ocho principales ciudades mercantiles é industriales del Reino Unido, á las cuales he consultado. Todos habeis dicho que una comunicacion directa marítima entre el Mediterráneo y el mar Rojo, no solo acortaria por mitad la distancia de la India, sino que seria beneficiosa al comercio inglés.

Con respecto al segundo punto contesto á lord Palmerston con el dictámen de la comision internacional, compuesta de eminentes ingenieros y marinos ingleses, franceses, españoles, austriacos, alemanes, holandeses é italianos, los cuales despues de dos años de estudios minuciosos y de un detenido exámen del terreno han decidido en nombre de la ciencia, que la ejecucion del canal no solo era realizable si que tambien fácil. Contesto al primer lord del tesoro con la sancion dada al dictámen de los ingenieros y de sus proyectos por la Academia de ciencias del Instituto imperial de Francia.

Juzgad, señores, comparando la autoridad de esta decision emanada de la ciencia europea, y la autoridad en que parece fundarse vagamente lord Palmerston sin darla á conocer.

Pasando desapercibida la contradiccion en que se ha incurrido calificando de quimérico un proyecto cuya realizacion inevitable inspira al propio tiempo temores y desconfianzas tan originales, voy á ocuparme del tercer punto.

Los argumentos políticos de lord Palmerston parecen fundados en los pretendidos peligros á que el canal de Suez expondria á la India, lo propio que á la integridad del imperio otomano. La prensa inglesa ha contestado ya que los dueños de la India nada tienen que temer de las naciones contiguas al Mediterráneo, como quiera que poseen Gibraltar, Malta y Aden, y acaban de apoderarse de Perim. La Turquía está por cierto tan interesada como lord Palmerston en conservar el Egipto en las condiciones prescritas por los tratados. Pues bien, el divan en tanto no considera el canal de Suez una causa de separacion, como que el embajador inglés se ve precisado á emplear toda su influencia para hacer que se suspenda la ratificacion del proyecto. La Puerta lo propio que cualquier hombre imparcial comprende que la ruptura del istmo, siendo para Egipto una garantia contra extranjerías ambiciones, dará fuerza á la integridad del imperio y proporcionará á la Turquía resultados religiosos y políticos muy importantes.

Si se persiste en un sistema de oposicion insostenible, se podrán crear á la empresa dificultades que la engrandecerán en vez de debilitarla; pero se procederá resueltamente por esto á su ejecucion, y el apoyo universal la asegurará un buen éxito. Entre tanto, á las clases mercantiles de Inglaterra les corresponde decidir, si en contradiccion á sus manifestaciones deberá ser su propio gobierno quien cree esos obstáculos. Vean si en nombre de Inglaterra puede ponerse en práctica una política tan contraria á los principios de libre comunicacion y libre cambio que la nacion ha proclamado á la faz del mundo, y si es posible el obstinado empeño en impedir que se unan los dos mares para facilitar un paso directo para las Indias y la China, cuando por otra parte se hacen tantos esfuerzos para poner esas vastas comarcas en contacto con los pueblos civilizados.

Debo tratar ahora de las personalidades, y contestaré á ellas observando la templanza, el respeto y la mesura de que no se me ha dado ejemplo por cierto al atacarme en una asamblea en la cual no me era posible defenderme.

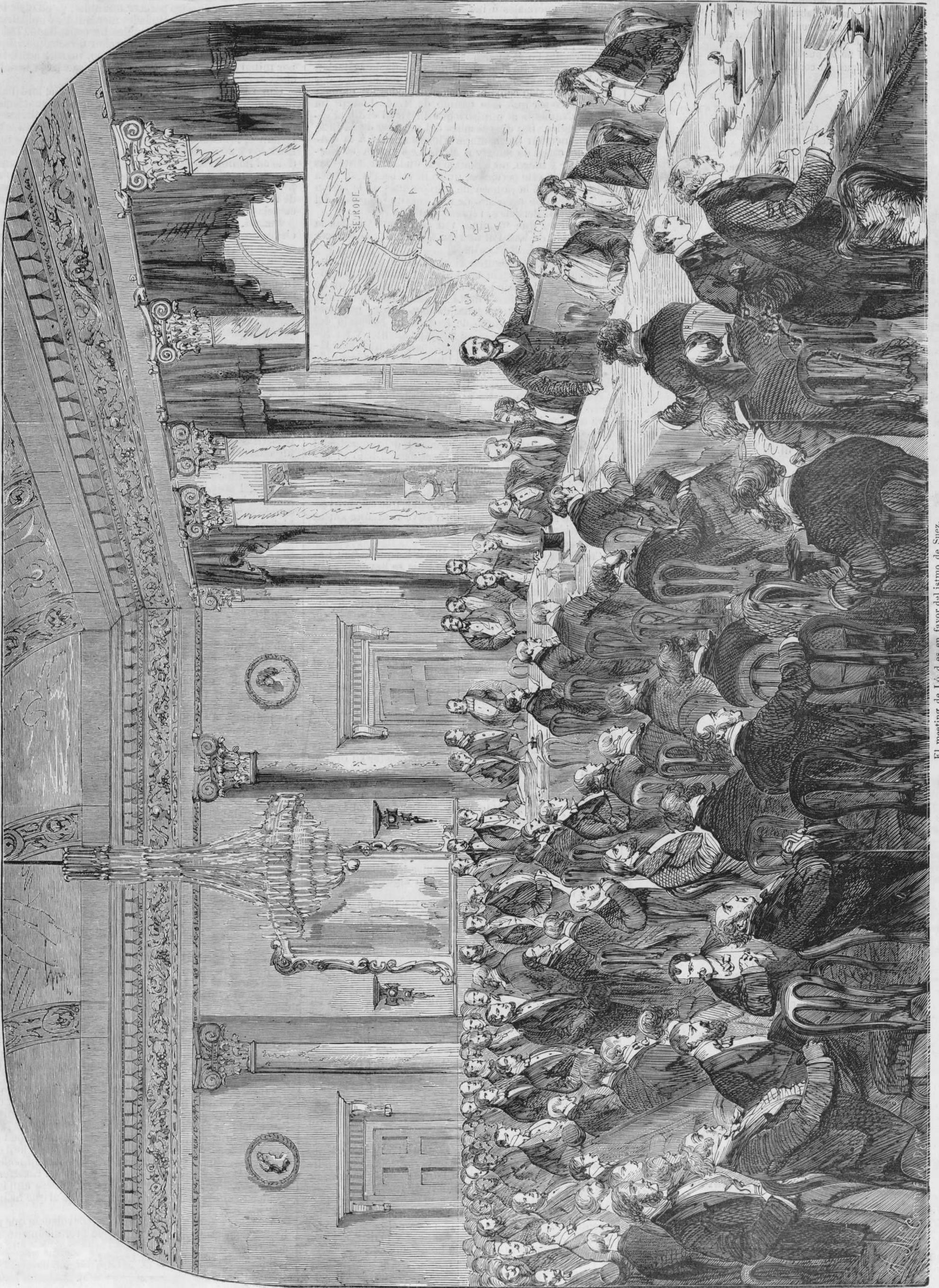
Lord Palmerston se ha creído autorizado para afirmar en términos que la gravedad del lenguaje no permite reproducir, que yo habia venido á Inglaterra para tender un lazo á los capitales ingleses y abusar de la credulidad de los capitalistas bastante cándidos para creer en un proyecto quimérico. Vosotros sabeis, señores, si de mi conducta ó de mis palabras se desprende algo que pueda justificar semejantes imputaciones. ¿ He ido acaso en busca de capitales? Al contrario; os he manifestado en repetidas circunstancias que yo no venia á pedirlos que tomáseis acciones, si no que manifestáseis vuestro parecer.

Si en el reparto de un capital de 200 millones de francos Inglaterra ha de figurar mas adelante, como Francia, por la cantidad de 40 millones, esto no será mas que un acto de deferencia que en mi concepto se debe á una poderosa nacion mercantil, directamente interesada en realizar el canal proyectado. Pero los capitales en tanto no son necesarios á la empresa que promuevo, como que si Inglaterra no aceptase por completo la parte que se le ha reservado, esta seria cubierta desde luego por las demandas suplementarias que se me han hecho de diferentes puntos del mundo.

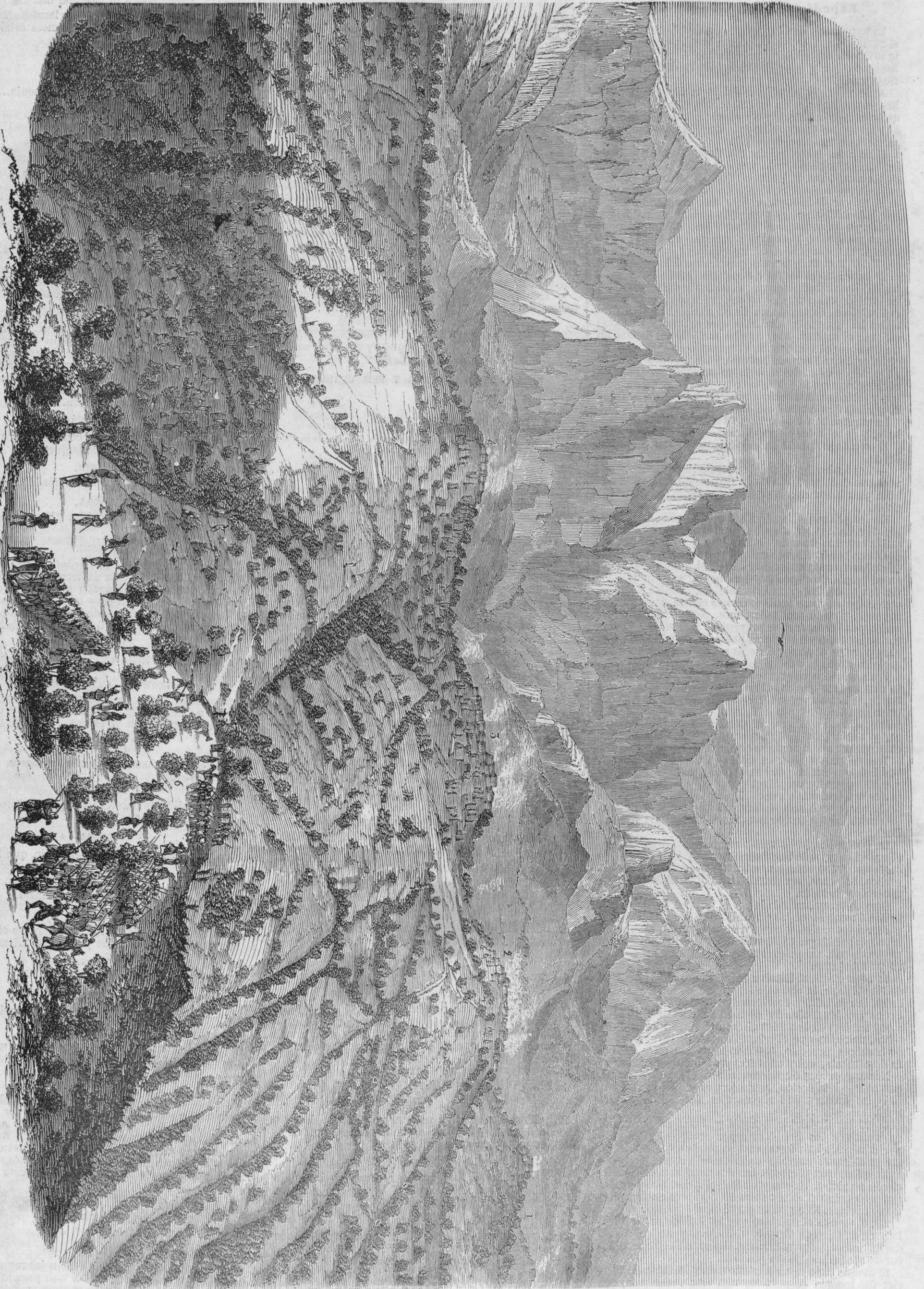
Tal es, señores, la contestacion sencilla y en mi concepto irrefutable, que doy á lord Palmerston, y me dirijo á todos los hombres honrados para que le den en su conciencia el valor que se merece. Me hareis la justicia de reconocer que en mi contestacion observo, teniendo en cuenta la edad y la situacion política del primer lord del tesoro, los deberes que las consideraciones me imponen. Aun mas, creeria faltar á la dignidad de mi carácter y al respeto que me merecis, si me permitiese emplear con lord Palmerston un lenguaje parecido al que ha usado conmigo.

Yo debia estas explicaciones á la benevolencia que me habeis dispensado, y á la cual quedo profundamente reconocido.

Soy, etc. — Fernando de Lesseps.



El meeting de Ló.d.es en favor del istmo de Suez.



Ocupacion de los Beni-Yenni por las divisiones Renault y Jusuf, el 25 de junio de 1857. — V, montañas del Jurjura; 1, aldeas de los Uadhias, quemadas por los contingentes de los Beni-Aissi; 2, aldea Air-el-Hasen; 3, Air-ci-Arba; 4, Taurit-Mimun; 5, Kablias defendiendo sus posiciones; 6, el general Perigot (division Mac-Mahon) operando una diversion sobre la izquierda.

Expedición contra la Kabilia.

La expedición de la Kabilia prosiguió sus operaciones el 24 de junio, tan pronto como se halló practicable para la artillería de campaña un camino de 25 kilómetros hecho en diez y siete días en medio de dificultades innumerales.

A las cinco de la mañana del 24 la división Mac-Mahon se apoderó con un arranque irresistible de la aldea de Ichriden cubierta de trincheras preparadas muy de antemano con una inteligencia notable y defendida por numerosos contingentes kabilas.

El 25 á las cuatro las dos divisiones Renault y Jusuf habian principiado cada una por su lado la ascension de las montañas de los Beni-Yenni y se habian apoderado de las dos aldeas de Ait-Larba y Sidi-Lassen, que es la mayor de la Kabilia. Esos dos hechos de armas han sido brillantes, pero mortíferos. Habia circulado la noticia de la muerte del general Mac-Mahon, pero ese bravo general no ha recibido mas que un balazo en su capota. El general Burbaki ha tenido su caballo muerto. El 54° y el 2° de zuavos marchaban á la cabeza. En el 2° batallón del 54°, el coronel Martineau Deschenetz ha tenido un caballo muerto; el teniente coronel Darricu ha recibido una contusion, el capitán Maritz, comandante del batallón, ha tenido un brazo roto; el capitán Tarillon ha muerto de una bala que le ha atravesado la cabeza; el capitán Bluchere ha recibido un balazo en un hombro; el teniente de Prame otro en una mejilla; el subteniente Ruot un balazo en un hombro, otro en un muslo y una bala muerta en una rodilla; el subteniente Guirau una contusion; y entre los sargentos, cabos y soldados ha habido 6 muertos y 52 heridos. Tal es la pérdida de un solo batallón.

Los zuavos han tenido 12 ó 13 oficiales fuera de combate, y de soldados en proporcion.

El combate del 25 ha sido menos mortífero que el del 24.

Los árabes hostiles del sudoeste han querido aprovecharse de la ausencia de las tropas mandadas á la Kabilia para hacer excursiones al territorio de las tribus fieles.

En los primeros días de abril una partida considerable de nómadas marroquíes, compuesta de los Zegdu, unida con una fracción de los Maia, y excitada por Sidi-Ghikr-ben-Taich, se lanzó, al Norte del Choff-Gharbi, sobre los campamentos de los Uled-el-Nahr, y les cogió en su propio territorio 3,000 carneros, 25 camellos, 20 tiendas y un botín considerable. En la misma época, otro golpe de mano igual se dirigió contra nuestros Hamyanes, y salió mal felizmente, porque estos, replegados ya al Este, fueron prevenidos á tiempo. El terror se esparció en nuestras poblaciones nómadas, que para ponerse al abrigo de esas agresiones buscaron refugio hasta en la subdivision de Mascara.

Era urgente poner remedio á ese estado de cosas, tanto mas cuanto que se sabia que la confederación de los Zegdu, reforzada por los Maia disidentes, estaba concentrada con Sidi-Ghikr-ben-Taich hácia la llanura de Zenilate, al lado de Tigny, el Choff-de-Tigri y el Tendrara, y anunciaba la intencion de caer sobre nuestros campamentos á la primera ocasion favorable.

Tres columnas, fuertes de 140 tiradores indígenas, 500 infantes árabes, 80 spahis, 400 caballos regulares y 2,100 goums, fueron colocadas bajo la dirección superior del teniente coronel Niqueux y dirigidas contra los Zegdu, poderosa confederación que con sus adherentes cuenta de 8 á 10,000 hombres de infantería y caballería.

En pocos días hubo varias escaramuzas que costaron al enemigo unos 50 hombres muertos y heridos, 30,000 carneros y 400 caballos; otra 5,000 carneros, 125 camellos, 61 asnos, un crecido botín y muchos hombres muertos y heridos.

Otra columna, mandada por el general de Beauford, se batió tambien en las cercanías de Tlemcen, haciendo perder á los árabes muchos hombres y animales, y poniéndolos en fuga. El *Monitor* del 5 de julio publicó los partes de tres combates reñidos que hubo en los días 24, 25 y 28 de junio.

El 24 el mariscal Randon hizo tomar, por la división de Mac-Mahon, la aldea de Ichriden, donde los kabilas se habian fortificado fuertemente. Nunca se vieron tantas barricadas indígenas ni tan Lien construidas. Unos 6,000 kabilas emboscados allí rompieron un fuego mortífero, de modo que el triunfo nos costó caro; mas de 60 hombres muertos, 300 heridos y 23 oficiales fuera de combate, entre ellos tres gravemente heridos.

Nuestras tropas estuvieron soberbias, y el mariscal, que asistió á la accion, pudo juzgar de su intrepidez, bajo las órdenes de los generales Mac-Mahon y Burbaki.

El 25 las divisiones Renault y Jusuf escalaron las montañas de los Beni-Yenni por senderos casi á pico, por donde los kabilas no se imaginaban que subirian. En la aldea el enemigo se defendió vivamente; pero todo se tomó con presteza. Las dos divisiones se establecieron en Sidi-el Hassen y en Sidi-el Arba. Sus pérdidas son pues considerables: unos 50 hombres entre muertos y heridos. Este pais es magnífico.

El 28, viendo el mariscal que los kabilas se fortificaban en la aldea de Taurirt-el-Hadjad, y no queriendo darles tiempo para fortificarse, dió orden al general Jusuf de apoderarse de esa posicion.

El ataque tuvo lugar á medio día, y la aldea de Taurirt fué tomada despues de una viva resistencia, con una pérdida insignificante.

Este último triunfo completa la ocupacion de todo el

pais de los Beni-Yenni. En breve dará sus frutos, y las sumisiones no tardarán en llegar. Ya nuestro partido crece, la division se introduce en las filas enemigas, y el 28, en tanto que muchos soldados se apoderaban de los Beni-Yenni, los contingentes vecinos iban por su parte á quemar las aldeas rebeldes de los Uadhia.

— El *Monitor* del 5 de julio publica otro parte del gobernador general de la Argelia sobre otro ataque dado contra el último centro de resistencia organizado por los contingentes kabilas á la extremidad del territorio de los Beni-Raten. La toma de esta importante posicion solo ha costado 12 heridos, dos de ellos oficiales.

En una accion precedente, para destruir en el valle del Ued-Sahil las provisiones árabes, el general Massiut ha perdido 18 hombres entre muertos y heridos.

El 2 de julio las divisiones Mac-Mahon y Renault ocupaban el pais de los Beni-Menguellat sin resistencia. Los Beni-Yenai, Beni-Budrar y Beni-Oncil hicieron su sumision antes de que llegaran tropas á su territorio.

Las acciones de los días 24, 25 y 26 de junio costaron al ejército 30 oficiales muertos y heridos. El general Mac-Mahon fué herido en una cadera, y el coronel Darricu en la pierna izquierda. El 2° de zuavos perdió 14 oficiales. El 54° de línea y el 2° extranjero 4.

— Las últimas noticias anuncian la sumision de casi todas las tribus.

DALILA

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

POR

OCTAVIO FEUILLET

Representado por primera vez en el teatro del Vaudeville en Paris el 29 de mayo 1857.

ESCENA II.

LEONORA, ROSWEIN, precedidos de un lacayo con un candelero que deja en la chimenea á la derecha y luego se va.

LEONORA, riendo.

¡Dios mio! Carnioli vestido de romano... No, amigo mio, eso que me decis carece de verosimilitud, Carnioli no es un hazme reir de nadie.

ROSWEIN.

¡Oh! en materia de galantería puedo aseguraros que es un hombre crédulo... yo conocia su flaco... Además, os diré á guisa de disculpa, que en aquel tiempo me trataba con mucha dureza, y en realidad tenia yo derecho á una venganza.

LEONORA.

Fumad un poco, amigo mio... (*Roswein hace una señal negativa.*) Pero no me sale de la imaginacion la tal historia. Carnioli convertido en dios del Olimpo: ¡oh! ¡qué fisonomía!... ¿Y la cita era en las ruinas de Pompeya?

ROSWEIN.

Sí, en la casa del músico á las doce de la noche.

LEONORA, sentándose en un sofá á la derecha.

¿Y en nombre de quién se dió aquella cita mitológica?

ROSWEIN.

En nombre de una inglesa muy rara que se hallaba entonces en Nápoles... miss Holt...

LEONORA.

¿Aquella dama que demostraba un gusto insensato por las costumbres y los trajes antiguos?

ROSWEIN.

La misma... de manera que la condicion del traje le pareció muy verosímil al buen Carnioli.

LEONORA.

¿Y acudió de veras?

ROSWEIN.

Se lo podeis preguntar al inválido que habia seducido yo, y que le vió paseándose hasta rayar el alba, titiritando y murmurando con sus coturnos de color de púrpura y su túnica azul celeste sembrada de estrellas de oro.

LEONORA.

¡Ah!... ¡Pobre Carnioli!

ROSWEIN.

Si hubiera sospechado que era yo el autor de todo aquello... me mata. Me rio ahora del lance, pero en el fondo es uno de mis remordimientos.

LEONORA.

¡Qué simpleza!... Nada interesa menos en el mundo que un fatuo haciendo el oso... Y á propósito, ¿habeis tenido noticias suyas últimamente?

ROSWEIN, pensativo.

No... ¡qué quereis!... yo no le respondia, de modo que se ha cansado de escribirme... ¡Soy un ingrato!... ¡Hace mucho tiempo que lo conozco!...

LEONORA.

Ea, ya entramos en las lamentaciones... ¡Dios nos guarde!

ROSWEIN, sentándose á su lado con una alegría forzada. No, no, tranquilizaos... No debo lamentarme en vuestra presencia. (*La mira.*) ¡Qué hermosa estais esta noche, Leonora!

LEONORA.

Como siempre.

ROSWEIN.

Pero me parece que vestis de ceremonia... ¿Son por mí esas galas?

LEONORA, con gracia.

¿Por quién han de ser?

ROSWEIN.

¿No salis esta noche?

LEONORA.

No, amigo mio.

ROSWEIN.

Os lo agradezco... Ahora las ocasiones de pasar la noche solos son tan raras...

LEONORA.

La reconvencion es innecesaria; ¿no me habeis pedido vos mismo que me presente un poco en las sociedades, puesto que todavía quieren recibirme?

ROSWEIN.

¡Oh! No hay reconvencion ninguna... pero se me figura que nos hallamos ya muy lejos de aquel tiempo en que no conociais otro placer en el mundo que la soledad conmigo... ni otra fiesta que el amor de vuestro amante... ni otro goce que el de ser la primera en recoger sobre vuestros labios la cancion recién escrita... Repito vuestras palabras, Leonora.

LEONORA, levantándose.

Pero, amigo mio, componed canciones y las recogeré. Si no haceis nada, ¿qué quereis que recoja?

ROSWEIN.

Lo cierto es que mi presencia os fastidia.

LEONORA.

¡Bonita idea!... ¿Y porqué?... ¿No sois siempre un hombre muy amable?...

ROSWEIN.

No, os amo demasiado. (*Se levanta.*) ¡Ah! Nunca podreis saber, Leonora, toda la ternura, toda la pasion que encierra mi pobre corazon martirizado... ó si llegais á saberlo un dia... pues las cosas llegan á verse bien un dia ú otro, será ya demasiado tarde para estrechar mi mano y decirme: Gracias, amigo mio.

LEONORA.

Ya estamos de lleno en las lamentaciones, lo habia dicho.

ROSWEIN, (alegría febril).

Perdonadme, hago mal, lo sé... tanto mas cuanto que esta noche me siento inspirado... voy á trabajar... Pero poneos ahí, donde yo os vea... ¿quereis darme ese gusto?...

LEONORA.

Si por cierto, todo cuanto pueda agradaros... (*Se sienta á la izquierda.*)

ROSWEIN.

Ya que os dignais hacerme compañía, juro que acabaré mi acto esta noche.

LEONORA.

Pero creo haberos dicho, amigo mio, que tenia que salir.

ROSWEIN.

¡Cómo! Acabais de decirme lo contrario.

LEONORA.

¿De veras? ¡Qué distraccion!... Tengo un compromiso muy serio para esta noche y no puedo faltar...

ROSWEIN.

¡Ah! esto es odioso!

LEONORA.

¿Qué decis?... ¿Hablais conmigo, amigo mio?

ROSWEIN.

Me matais poco á poco, Leonora, pero mi muerte es tan segura como si me clavárais un puñal en el corazon...

LEONORA.

Amigo mio, sois el hombre mas insoportable que he conocido en mi vida... Porque pronuncio por inadvertencia un no en lugar de un sí, porque doy un paso á la derecha en vez de darle á la izquierda, me hablais de puñal y de asesinato... Francamente, llevais demasiado lejos la sensibilidad poética. (*Se levanta.*) Ea, buenas noches, trabajad mucho. (*Se dirige hácia el fondo.*)

ROSWEIN.

¿Y adónde vais?

LEONORA.

Acompañadme si quereis.

ROSWEIN.

Os tengo dicho que no me gustan las reuniones... Además tengo que trabajar... me han pagado mi ópera por adelantado, y quiero quitarme ese peso de encima. ¿Dónde vais?

LEONORA.

Voy un instante al concierto de Paolo María...

ROSWEIN.

¡Ah! ¿Y despues?

LEONORA.

Nada mas; pero deseo ir... se lo he prometido...

ROSWEIN.

¿Y es ese el compromiso tan serio á que no podeis faltar?... Leonora, tal burla es un ultraje.

LEONORA.

¡Dios mio!... ¡cuánto ruido por nada!... Vamos, no iré. (Se sienta.) Calmaos. Podeis principiar vuestro trabajo; os escucho... ¿En dónde estais? (Se sienta á la izquierda.)

ROSWEIN, tomando un papel de música que está sobre el piano en el fondo á la derecha.

Sigo en la misma escena.

LEONORA.

¡Ah! El Taso á la princesa... Muy bien; ¿y qué es lo que la dice ese pobre mozo?

ROSWEIN.

¡Había hallado una melodía que me gustaba; ¿queréis oirla?

LEONORA.

Seguramente.

(Roswein canta en pie y sin acompañamiento; al cabo de algunas notas se interrumpe aparte pegándose en el pecho.)

¡Ah! ¿qué es lo que tengo aquí? (Sigue cantando.) ¿Qué tal os parece este principio?

LEONORA.

No me gusta.

ROSWEIN.

Estais de mal humor.

LEONORA.

Me preguntais mi opinion y os la doy; para agradaos es preciso lisongearos siempre.

ROSWEIN.

No, pero seria preciso no apagar cruelmente la mas ligera chispa en cuanto se presenta.

LEONORA.

En fin, si esa melodía os parece tan bonita, debeis conservarla.

ROSWEIN.

No vale nada; teneis razon. (Arroja el papel de música y cierra el piano con violencia.)

LEONORA.

¿Renunciáis al trabajo? pues bien, entre nosotros, haceis bien, no estais en vena esta noche.

ROSWEIN, amargamente.

Ni esta noche ni nunca, mi talento murió; todas las cuerdas de mi ser están secas como si hubieran sentido el contacto de la llama... La noticia que me dais no es nueva para mí... bastante me la han repetido mis noches en vela. ¡Dios mio! ¡tal cambio en un tiempo tan corto! Ayer la juventud, la poesia, la esperanza, todos los dones del cielo... hoy el silencio, el frio de la tumba... esa es vuestra obra, Leonora

LEONORA.

¿Mi obra... decid?

ROSWEIN.

¿Habeis gastado sin tregua, sin piedad, en luchas estériles, en miserables agitaciones, en dolores mezquinos todas las fuerzas de mi espíritu... Decidme, Leonora, ¿cuál es vuestro propósito?... ¿qué apuesta bárbara habeis hecho?... ¿á quién habeis jurado atormentar hasta el aniquilamiento y la degradacion, á una criatura de Dios?... Regocijaos, vuestra tarea está cumplida.

LEONORA, friamente.

Goces del hogar doméstico.

ROSWEIN.

Marchaos pues, id al concierto, y podeis decir al joven tenor que no venga mas á mendigar un papel á mi puerta... que mi cabeza está hoy tan pobre y tan vacía como la suya.

LEONORA.

¿Qué quiere decir esto? ¿Os habeis figurado que estoy enamorada de ese cantante?

ROSWEIN.

No se habla en Nápoles de otra cosa.

LEONORA.

Muy bien, pues es verdad, le adoro.

ROSWEIN.

¡Ah! por piedad, Leonora, no tengo fuerzas para seguir sufriendo... Amad á quien querais, decid una palabra y me iré si no teneis paciencia para esperar que me saquen entre cuatro.

LEONORA.

¡Qué diversion la mía!... Roswein, debo deciros que

no es prueba de valor ni de buen gusto el tomar así á cada momento ante las señoras esas actitudes de agonizante. ¿Cuál es el nombre de vuestra enfermedad?

ROSWEIN, arrojándole su pañuelo manchado de sangre. Vedlo.

LEONORA.

Esto nada quiere decir. Todos los artistas escupen sangre.

ROSWEIN.

¡Ah!... mujer infame!... (Prorrumpe en sollozos y cae en el sofá á la derecha.)

LEONORA, levantándose y dando algunos pasos hácia él. No me gustan los hombres que lloran; buenas noches. (Vase por la derecha.)

ESCENA III.

ROSWEIN, CARNIOLI, saliendo del balcón.

CARNIOLI.

¡Andrés!

ROSWEIN.

Carnioli... ¡Aquí Carnioli!

CARNIOLI, mirándole con emocion.

Cuán cambiado estás, ¡pobre amigo mio!... Tu mano, dame tu mano y vente.

ROSWEIN.

¿Cómo! ¿Adónde quereis que vaya?

CARNIOLI.

Salgamos de aquí, no puedes permanecer un minuto mas en este infierno.

ROSWEIN.

¿Y quién me ha traído á él, Carnioli?

CARNIOLI, pegando con el pié en el suelo.

¡Yo he sido, mil rayos! No me lo repitas, bastante me lo digo yo. ¿Acaso podia yo figurarme que existiera un hombre tan inocente como tú, un amante de tu temple!... Nunca habria creído que un hombre de genio como tú pudiera prestarse dócilmente á los ejercicios que te he visto hacer durante veinte minutos bajo la influencia de esa coqueta infame.

ROSWEIN.

¡Ah! callaos.

CARNIOLI.

¡Oh rabia! ¿para qué te sirve este látigo? (Toma un látigo olvidado sobre un sofá y da de latigazos á los muebles.) Vámonos.

ROSWEIN.

No, no puedo marcharme, Carnioli. He cometido una traicion indigna por ese amor fatal, bien lo sabeis... (Movimiento de Carnioli.) ¡Ah! no me digais una palabra... no sé lo que ha sido de ellos, ni quiero saberlo tampoco; pero si quiero padecer, quiero morir en el amor que fué mi crimen... La expiacion es la única virtud que me queda... dejádmela.

CARNIOLI.

Dime la verdad, ¿amas á esa mujer que te asesina riendo?

ROSWEIN.

Sí, la amo; la amo, como lo habeis querido.

CARNIOLI.

¿Pero no comprendes al menos que estás de mas aquí, en casa de una mujer que ya no te ama?

ROSWEIN.

Cien veces la he dicho que me iria; ¿porqué, si no me ama, no me deja marchar?

CARNIOLI.

Bien sabes que tiene un capricho por el tenor Paolo María; tú se lo has dicho hace un momento.

ROSWEIN.

Lo he dicho y no lo creo; un cantante inepto, un histrion... ¡nunca!... no la conocéis; es un alma borrascosa, pero leal; decidme que es capaz de un crimen, pero no de una accion degradante.

CARNIOLI.

Es capaz de todo, amigo mio, como toda mujer en el mundo que no reconoce otro principio que la pasion. ¿La has visto entrar en una iglesia? No; pues bien, desconfia de las mujeres que no ponen los piés en el templo, es una especie venenosa. En rigor, el corazon humano puede ser bastante contra las pasiones de un hombre... contra las pasiones de una mujer, ¡no hay mas que Dios!... tu querida es una pagana... ¿Quieres saber su historia?... Ha tenido amantes, los tiene y los tendrá mientras pueda... toda mujer que no es de Dios es del diablo.

ROSWEIN.

Os repito que no la conocéis... Basta de calumnias. (Se sienta á la izquierda.)

CARNIOLI.

La verdad está clara á mis ojos... Sí, despues de haberte arrebatado por un golpe de mano de cortesana, quiso grangearse tu estimacion, y para ello se cubrió con un manto de inocencia, derramó á tus piés lágrimas virginales, el ave de rapiña exhaló suspiros de pa-

loma... y tú ¿habrás pedido perdon al cielo por tan pura víctima?... ROSWEIN, levantándose.

Basta, Carnioli, basta.

CARNIOLI.

Y cuando ella te vió firmemente convencido de que tú eras su primer amante y que serias el último, entonces tomó el sexto.

ROSWEIN.

Mentís.

CARNIOLI.

¡Ah! ¿no crees en el sexto amante?... al menos creerás en el cuarto... que he sido yo.

ROSWEIN.

Mientes.

ESCENA IV.

Los Mismos, LEONORA, saliendo de la derecha y precipitándose en la escena.

LEONORA, tomando la mano de Roswein.

Gracias, Andrés, gracias, amor mio... Caballero Carnioli, nada tengo que deciros, salid de mi casa. (Le hace ademán de que salga; Roswein repite energicamente el ademán de Leonora.)

CARNIOLI.

Acabo de descubrir un secreto que un hombre de honor debe guardar siempre; pero os encuentro aquí en flagrante delito de asesinato, y aun á costa de mi honra no permitiré que consumeis el crimen... Y ya que estais aquí, no prolongueis las angustias de este joven... confirmad lo que he dicho.

LEONORA.

Habeis mentido.

CARNIOLI.

¿Olvidais que estais en mis manos?

LEONORA.

¿Pero este miserable no quiere salir de mi casa? Andrés, os decia que no sabeis manejar ese látigo... dádmele.

CARNIOLI, tomando por el brazo á Roswein.

Andrés, amigo mio... ¿comprendes lo que quiere?... Esa serpiente quiere que nos matemos los dos, es su postre recurso... Espérame diez minutos aquí, te traeré las pruebas... (A Leonora.) Nos veremos. (Sale por el fondo.)

ESCENA V.

LEONORA, ROSWEIN.

(En cuanto ha salido Carnioli Leonora cae de rodillas sollozando.)

ROSWEIN.

¿Porqué ese dolor?... ¿Porqué esas lágrimas?... No le creo.

LEONORA.

Es verdad.

ROSWEIN, cogiéndola el brazo con violencia.

¡Dios poderoso!... (Dejando caer el brazo de Leonora.) ¡Dios justo!... (Da algunos pasos por el cuarto y vuelve hácia Leonora.) ¿Porqué me habeis engañado?... ¿porqué?... ¿No os lo habia perdonado todo?

LEONORA.

¿Y me habrias amado, Andrés?... ¿me habrias amado con esa ternura, con esa nobleza de que era tan indigna... pero que me hacia tan dichosa?

ROSWEIN, incrédulo.

¡Ah!

LEONORA, siempre de rodillas.

¡Cuántas veces estuvo para salir de mi corazon oprimido la confesion de mi infamia!... Ese pensamiento envenenaba todo, mi vida, mis palabras... mi humor... era la fuente amarga de esos caprichos malvados con que os atormentaba... S, sí, cuántas veces he querido deciros: No toqueis mi mano, no toqueis mi frente... y luego el valor me faltaba... no podia, no... (Llora.) Y era porque os amaba... Ahora quizá me creereis, ahora que todo está concluido... ¡os amaba!

ROSWEIN.

No os creo.

LEONORA.

¡Ay! He destruido la confianza... pero al menos tampoco creereis todo lo que dice Carnioli... He sido su amante, esa es la verdad, y es bastante para la vergüenza eterna de mi vida... pero todo lo demás es falso.

ROSWEIN.

No os creo... levantaos... (La levanta violentamente al pasar junto á ella.)

LEONORA, suplicante.

¡Andrés!... ¡Andrés!... ¿porqué me tratais con tanta dureza?... Aun cuando fuera como él ha dicho una cortesana... la última de las mujeres tiene momentos de sinceridad y de virtud... y fácil es conocer que me encuentro ahora en uno de esos instantes... Sí, no hay mas que una falta en mi vida... Carnioli.

ROSWEIN.

¿Qué mas quereis? Habeis amado á Carnioli...

(Se continuará.)



El cabo Lihaut.

En el cuadro de M. Ivon la *Toma de Malakoff* que hemos reproducido en el número 238, figura un zuavo, que sostiene intrépidamente la bandera de la Francia bajo el fuego del enemigo, y recibe sin moverse los mil disparos de fusil y de cañon dirigidos contra él. Lihaut, cabo del 1º de zuavos, banderín del general Mac-Mahon en el asalto de la torre Malakoff, fué encargado de agitar en el bastion mas alto la bandera tricolor, para indicar al ejército que la posicion estaba por las armas francesas. Ese pabellon de marina, prendido en el palo del banderín, fué agujereado por tres balas de cañon ycuarenta y dos de fusil. Sin embargo, el cabo se mantuvo firme, y no abandonó su puesto antes de haber plantado su bandera, seguro de que allí permanecería irrevocablemente.

Lihaut, herido ya en la batalla del Alma, fué nombrado sargento, y tiene la medalla militar. En el día forma parte de la expedicion de la Kabilia, mandada por el mariscal Randon, y sigue en el mismo regimiento 1º de zuavos, donde entró de soldado voluntario en Paris en 1848.

Beranger.

Jean-Pierre de Beranger nació en Paris el 10 de agosto de 1780 en el seno de una familia pobre. En una de sus canciones cuenta que su abuelo le cuidó en la niñez; este abuelo era un pobre sastre, muy cariñoso y demasiado indulgente, que dejó pasar la infancia de Beranger sin lecciones y sin trabajo. En Paris se hallaba cuando la toma de la Bastilla que debió cantar cuarenta años mas tarde.

Pocos dias despues de esta victoria popular, el niño salió para Peronne donde fue á vivir con una tia suya, posadera en un arrabal del pueblo. En aquella época cayó un rayo sobre él, de cuyas resultas se quedó momentáneamente paralizado de todos sus miembros.

A catorce años entró de aprendiz en la imprenta de Laisney, donde principió á revelarse su talento.

Beranger no tuvo pues una juventud estudiosa; la educacion no pudo desarrollar sus brillantes facultades. Fué sucesivamente, como dice un verso de una de sus canciones,

Garçon d'auberge, imprimeur et commis.

En la imprenta aprendió la ortografía y los primeros rudimentos de la versificación. Esto bastó; las primeras obras de Beranger llamaron la atencion del público.

A diez y siete años volvió á Paris con su padre. Su cabeza estaba llena de sueños poéticos; deseaba cantar, deseaba hablar la lengua de los dioses, y entonces principió una comedia aristofanesca titulada *Les Herma-phrodites* dirigida contra los hombres débiles y las mujeres ambiciosas.

Despues perdió algunos años componiendo un poema épico titulado *Clovis*, trabajo estéril del que nada se ha conocido.

Sin embargo, la miseria vino á llamar á la puerta del jóven poeta; « privado de recursos, versificando sin objeto y sin instruccion, » Beranger tuvo la idea de poner sus poesías bajo un sobre y enviárselas á Luciano Bonaparte. Luciano adivinó el talento y se hizo su protector. Pero en breve Luciano salió para Roma, y desde allí le envió un poder para que cobrara su sueldo de miembro del Instituto. Beranger no olvidó jamás este beneficio, y treinta años mas tarde, en 1833, dedicaba á Luciano su última coleccion de canciones nuevas.

Tuvo una ocupacion en los *Annales du Musée*, de los cuales redactó algunos volúmenes, y en fin, mediante las recomendaciones de M. Arnault, M. de Fontanes le dió un empleo subalterno en la secretaría de la Universidad. Allí permaneció 12 años, y allí escribió algunas de sus canciones mas célebres como la *Gaudriole*, *Fré-tillon*, el *Roi d'Ivetot* y el *Sénateur*.

A la caída del Imperio, los desastres de la Francia inspiraron á Beranger poesías llenas de patriotismo. Si bajo el Imperio cantó el *Roi d'Ivetot*, despues de 1814 se puso á cantar la gloria de la Francia, en aborrecimiento al extranjero.

Durante los Cien dias le ofrecieron el empleo de censor con un gran sueldo; Beranger por toda respuesta envió su cancion contra la censura.

Despues de Waterloo publica *l'Habit de cour*, *le Marquis de Carabas*, *Paillasse*, *la Marquise de Pretintaille*, *l'Enfant de Bonne Maison* y otras muchas. Por otra parte el poeta que *solo lisonjeó al infortunio*, dirigió á su amigo Arnault, entonces en destierro, la tierna elegía titulada *les Oiseaux*.

Los cantos de Beranger se eleyan mas y mas, hasta llegar á ser odas sublimes, como verbigracia la *Sainte Alliance des peuples*, *Mon áme*, *le Dieu des bonnes gens*, *le Vieux Drapeau*, *l'Orage*, *les Deux Cousins*, *les Adieux á la gloire*, *les Enfants de la France*, *le Champ d'asile*, *le Bon Vieillard*.

Beranger merece desde entonces el título glorioso de poeta nacional.

En breve fué destituido de su humilde empleo, como

se lo esperaba. En 1821, perseguido tenazmente por el gobierno, hubo de ser juzgado por el tribunal de Assises del Sena como culpable de ultraje á las buenas costumbres, de ultraje á la moral pública y religiosa, de

delito contra la persona del rey, y de provocacion á llevar públicamente una distincion exterior no autorizada por la ley.

Absuelto sobre los puntos primero y tercero de la

acusacion, fué declarado culpable sobre los otros dos y condenado á 300 francos de multa y tres meses de cárcel.

Esta condena aumentó mas aun la popularidad de



Beranger, valiéndole testimonios de afecto de los hombres de todas las clases.
Beranger cantó en el encierro, y una vez en libertad siguió burlándose de las faltas del poder, y siguió cantando las esperanzas del pueblo.

En 1828 Beranger fué condenado á nueve meses de cárcel por las canciones *l'Ange Gardien*, *le Sacre de Charles le Simple* y *les Infimement Petits*.
El combate de julio de 1830 produjo el triunfo de las ideas generosas del cancionero; los amigos políticos del

poeta subieron al poder y le ofrecieron toda clase de empleos, pero él se obstinó en conservar su independencia. En 1833 publicó otras canciones compuestas antes de 1830.
La serenidad de Beranger en medio de la miseria, la

calma de su corazón en medio de las luchas de la juventud, se pintan admirablemente en este párrafo de una de sus cartas.

«¡Era yo tan pobre! La diversion mas modesta me obligaba á vivir ocho dias despues de sopas que hacia yo mismo, mientras juntaba consonantes esperando una gloria futura. Al hablar de aquella risueña época de mi vida, en que sin apoyo, sin pan asegurado, sin instruccion, soñaba yo un porvenir sin descuidar los placeres del presente, mis ojos se llenan de lágrimas involuntarias...»

¡Qué existencia! La miseria; pero rodeada de una aureola de gloria que resplandece en los tiempos mas lejanos!

Si Beranger huyó de las luchas políticas y no fué jamás un hombre de partido, no por esto dejó de ser un gran ciudadano que propagó con sus versos la idea moderna.

Beranger es popular porque es un hombre de un corazón grande. Cuando canta su amor, su miseria, sus placeres y la libertad, el pueblo le reconoce; y cuando dice:

C'est à l'ombre de l'indigence
Que j'ai trouvé la liberté,

el pueblo le escucha porque Beranger es del pueblo, y puede aplicársele lo que él ha dicho de Manuel:

Bras, tête et cœur, tout était peuple en lui.

Beranger tenia por el pueblo un amor sincero, se conmovia profundamente con el espectáculo de sus dolores, pedia al pueblo toda su gloria, pues preferia oír las voces broncas de los hombres repitiendo sus cantares, que oír á los académicos hacer el elogio de su talento poético.

Beranger no ha querido ser mas que un cancionero, á pesar de todas sus facultades para ser un gran poeta en cualquier otro género, ó un escritor de primer orden; así la canción de Beranger no es jamás una copla grosera, es todo un poema de chiste, de sensibilidad, de gracia sencilla, de meditacion filosófica y de estilo. En sus mayores alegrías hay ternura: su boca se sonríe maliciosamente, pero siempre esa frente anchurosa y pensativa tiene la divina y simpática tristeza del genio.

Si alguna cosa pudiera aumentar la gloria de Beranger, sería la circunstancia de que no había entrado en la Academia, ni tenia ninguna condecoracion. La Academia ofreció oficialmente el sillón á Beranger, que no quiso aceptarle.

Aunque cantaba tan bien el amor, el vino y los placeres, Beranger era un hombre sóbrio y arreglado hasta al extremo. Un dia en una comida en casa de Laffitte, una señora le manifestaba su sorpresa diciéndole:

— ¡Cómo! M. Beranger, ¿Vd. que canta tan perfectamente la embriaguez no bebe Vd. mas que agua?

— ¡Qué quiere Vd., la musa se bebe todo mi vino! Despues del volumen de 1833, no publicó mas que diez canciones tituladas *Notre Coq, le Grillon, les Echos, l'Orphéon, les Pigeons de la Bourse, le Baptême de Voltaire, Claire, le Déluge, les Escargots, Ma Gaité*.

En 1848 el *Déluge* pareció una verdadera profecía. Cuando la revolucion de febrero fué nombrado miembro de la comision de recompensas nacionales de que formaban parte Lamennais, P. de Musset, Guinard, etc.

Elegido miembro de la Constituyente por los electores de París por 204,471 sufragios, solo dos veces se presentó en la asamblea. El 8 de mayo dió su dimision que no fué admitida por la cámara. Beranger persistió, y como la asamblea no podia obligarle á que aceptara el mandato, tuvo que privarse de aquella gloria tan pura y tan francesa.

Su editor, M. Perrotin, habia comprado su coleccion de canciones por un precio sumamente módico; pero á medida que fué creciendo la boga de este libro inmortal, aumentó la pensión vitalicia del poeta que ha pasado sus últimos años con este solo recurso. La emperatriz Eugenia quiso aumentar la pensión, pero Beranger se opuso á ello.

El nombre de Beranger quedará como uno de los mas célebres, uno de los mas gloriosos y puros de nuestro siglo. Sus rasgos han sido reproducidos por los artistas mas famosos. David de Angers ha hecho su medallon, Adam Salomon su busto, y hoy escultor de nombradía prepara su estatua. La pintura, el grabado y la litografía han popularizado sus facciones características y su frente donde se reconocen las señales distintivas del genio.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Discurso de don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

(Continuacion).

Pero antes de concluir, ¿deberé, señores, por ventura detenerme á indicar los pequeños lunares que deslustran estas inspiraciones poéticas, así como los méritos que las avaloran? ¿Habré de señalarlos ante vosotros, amaestrados custodios de la frase castiza, y defensores insignes de su pureza y nitidez? ¿Cúmpleme indagar por qué causa, en un siglo en que los petrarquistas ita-

lianos, capitaneados por el Bembo, rendian ciego culto á la forma, niniamente cuidadosos de pulir el giro, la senténcia; de observar la exacta medida y armonía de los versos, hasta caer en afectados.—Francisco de la Torre, inspirándose en los grandes modelos de Italia, y copiando otros de segundo orden, como Benedetto Varchi y Angelo de Constanzo, peca tantas veces contra la forma? Esto fuera en mi atrevimiento indisciplinable, cuando la aventajada pluma de un ilustre académico, recientemente arrebatado á la vida, con peregrino arte deslindó aquellos descuidos y bellezas. Quintana vuelve su personalidad, en 1808 y en 1830, al lírico desconocido; desprecia los aun hoy erradamente acreditados sueños de Velazquez; proclama que para ello no se necesita mas sino conocer, segun sus diferentes edades, los estilos de nuestra poesía; y ¡admirable acierto! coloca á La Torre próximo á fray Luis de León y á Garcilaso.

¿Cómo le deleitan estos, en su opinion, frutos de los mas ópimos que rindió aquella era de excelentes varones! Las rimas (dice el autor del *Pelayo*) «todas pastoriles; sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdichan nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido, como él, sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos. Las imitaciones de los antiguos, en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. Y lástima grande que falte á sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores. El poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas, que al fin cansan y fastidian.» Las palabras del autorizado crítico no consienten que las reemplacen otras.

Pero, señores, ¿qué vale encontrar dureza en tal verso, prosaismo y pesadez en cual otro, descuido en pequeños accidentes, como llamar ardoroso al cierzo y helado al austro; violencia en esta figura, ú oscuridad en aquella rebuscada estrofa? ¿Cuántos raudales de armonía, para despuntar la rígida censura; cuánta claridad, para desvanecer tan débiles sombras! El es quien allana los caminos al puro, al sencillo, al tierno, al religioso Fray Luis de León, su compañero en Alcalá de Henares y en Salamanca, á fin de que llegue á ser por excelencia el poeta castellano. El quien, en mi sentir, educa y amaestra á Figueroa, cifrando todas sus complacencias en este, que mira como discípulo, como amigo, como hijo. En él halla Fernando de Herrera su mas cuidadosa lima; en él Cervantes la traza de un admirable canto elegíaco; bellezas que emular Mira de Amescua; y luz y guía todos los preclaros vates que le siguieron. ¡Dichoso quien en el templo de la fama se asienta al par de Garcilaso y León, de Tasso y Ariosto; al lado de Rafael y Miguel Angel, de Juanes y Siloe, de Vives y Granada; entre los héroes escogidos que triunfaron en el Garelano y Pavía, en las lagunas de Méjico y en los mares de Oriente! Mas ¡ay, cuán equivocadamente le aclamo venturoso! Infelicitísimo, diré, quien, siéndolo en vida, es aun mas infortunado todavía despues de muerto, cuando en tela de juicio se le ponen los dulces hijos de su ingenio soberano.

¡Ojalá, señores académicos, que esta disputada inmortal guirnalda de áureas flores perteneciese á Quevedo! Gozo ninguno hubiera comparable con el mio, á estar-me reservado á mí afirmarla en sus sienas; á mí, que años y años vivo con el Luciano español, y le siento á mi mesa, y velo por él, y le soy deudor (grato me es confesarlo) de la honra que en este sitio recibo, y con que vosotros aprisionais mi alma en inmensa gratitud. El es mi fiel amigo; él otro padre cariñoso; para él ambiciono todos los aplausos y coronas; pero la verdad y la justicia, hijas del cielo, me imponen el sacrificio de volver á Francisco de la Torre lo que es suyo. ¿Qué digo sacrificio? La gloria de Quevedo permanece intacta. Brillar sin competencia no es mérito; á los grandes ingenios, otros tan grandes los hacen mayores; á veces los completan; nunca les son embarazo, sino compañía.

Discurso del Excmo. señor marqués de Molins.

Señores: con ser artificio común en los oradores el ponderar lo desventajoso de su posicion para avalorar mas su desempeño, debo yo, en homenaje de verdad, decir que á ningun otro que á mí pudiérais haber elegido mas obligado á juzgar con imparcialidad vuestra conducta, y á participar de la gratitud del que con ella habeis favorecido. Ausente de la Academia y de la patria por efecto de vicisitudes que quiero olvidar, ni aun pude contribuir con mi humilde sufragio á la eleccion de que hoy juzga el público. Testigo soy, que no abogado: juez y no parte. Pero ¿de quién habeis de temer vosotros residencia, cuando el discurso mismo que acabamos de oír os disculpa, si disculpa merecieran, y no encomio vuestros votos?

Encomio, sí, que cuando estas corporaciones apartan la vista de las escenas políticas, que á cada uno de sus individuos conmueven, y no van á ornar con sus laureles el triunfo de los poderosos, ni á aumentar con sus aplausos el ruido de los mal contentos, cumplen con un alto deber moral que merece, por lo menos, considera-

cion y respeto. Y cuando ni aun así satisfechas, llegan á buscar en su retiro al sabio, laborioso y modesto, para interrumpir quizá la hora de su desgracia con el testimonio del público afecto, alcanzan para sí propias la estimacion y alabanza, no ya meramente de los doctos, sino de todos los bien nacidos.

Así, señores académicos, habeis obrado cuando para dar sucesor á uno de vuestros compañeros, aficionado al arte dramático y distinguido en la ciencia histórica, nombrásteis á uno de los correctos autores de la *Ricahembra*, al concienzudo y clásico biógrafo de Quevedo: á don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

Si es vuestro deber, como lo publica vuestro lema, limpiar el habla y la literatura patrias de las corruptelas que el trascurso del tiempo introduce; fijar el uso y el estilo de cada voz, de cada género y de cada época; dar esplendor, en fin, á escritores y á escuelas, ¿cuál nombramiento mejor pudiérais haber hecho que este, que coloca entre vosotros al diligente crítico, que eligiendo por héroe de sus investigaciones á Quevedo, ha limpiado cuidadosamente su historia personal y literaria de las manchas con que la incuria de dos siglos y la corrupcion del gusto las habian afeado; ha fijado de un modo indeleble el límite entre los hechos y los escritos que le pertenecian, y los que le atribuyeron primero la calumnia, luego la lisonja, últimamente la ignorancia; y viene hoy, en fin, á dar clarísimo esplendor á la dudosa existencia de uno de nuestros mas clásicos maestros, el llamado bachiller Francisco de la Torre.

El señor Fernandez Guerra, pues, no recibe de vosotros carta de ciudadanía en la república de las letras; á ella pertenece; en ella vive con gloria há mucho tiempo; ni siquiera ingresa por vuestros sufragios en el noble gremio á que perteneceis, y que el largo tiempo ha ilustrado con aplicacion incansable y con crítica bien intencionada. El hombre que, como yo os he dicho y él acaba de demostrar, *limpia, fija y da esplendor* á dos tan insignes maestros, como son el autor de la *Bucólica del Tajo* y el señor de la Torre de Juan Abad, recibe de vosotros título, y no oficio de académico.

Y aquí, señores, es tiempo de que os diga como, no habiendo tenido parte en vuestro fallo, la tomo, y muy grande, en el agradecimiento que ha inspirado. Criado yo bajo el mismo techo que el señor Guerra, el cual desde Granada, su patria, vino á recibir educacion en el colegio de humanidades del señor Garriga; dirigido yo por los mismos maestros, de los cuales alguno se sienta entre nosotros; inclinado á los mismos estudios, aficionado por una rara coincidencia á los propios modelos; yo, que no he alcanzado su mérito, me hago solidario de su gratitud. Y aun de buen grado seria intérprete de sus afectos, si él con prevencion mas discreta, no hubiera buscado en el siglo de oro de nuestros poetas para que le sirva de patrono, un personaje nuevo, ó al menos desconocido, y con todo famosísimo, con cuyo trato íntimo el señor Guerra puede envanecerse, presentándolo luego ya sin disfraz á vosotros y á los amantes todos de la literatura y de la verdad.

Hablo, señores, del pobre soldado de Italia, confundido hasta hoy con el hidalgo escolar de Alcalá; del buen sacerdote de Torrelaguna, tenido por el cortésano licenciado del Buen-Retiro; del compañero de Figueroa, suplantado por el comensal de Osuna; del alumno, digámoslo así, de Garcilaso, tomado por el rival de Góngora; de Francisco de la Torre, en fin, identificado malamente con don Francisco de Quevedo Villegas.

Motivo de meditacion es este muy grande, que sean menester exquisitas averiguaciones biográficas, análisis críticos profundos, datos aquí y allí penosamente recogidos, estudio, habilidad, ciencia, perseverancia, para derribar el monstruoso edificio que fácilmente levanta ya un inconsiderado celo, ya una irreflexiva aseveracion, aun en daño y mengua de la verdad de los hechos, de la razon histórica y del mas comun sentido. ¿Qué lepra es la impostura, aun en materias literarias, que tan fácilmente se inocula y propaga, y con tanta dificultad se corrige y destruye?

Como el confundir á La Torre con Quevedo se opongá á la verdad de los hechos, no hay para qué me esfuerce en encarecerlo; el nuevo académico ha caracterizado de tal modo las personas de uno y de otro, que no queda sombra de duda. Un argumento, sin embargo, ha apuntado como de paso, al cual me permitireis dar mayor ensanche, ya porque es, á mi ver, el mas concluyente, ya porque traerá ante nosotros un testigo de mayor excepcion: testigo en verdad de humilde clase, de escasa fortuna, de vida no irrepreensible; lisiado y pobre; pero de un nombre tal, que en este sitio no cede el puesto á emperadores ni á santos, y que las naciones todas nos envidian mas que la antigua posesion de dos mundos: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra.

El manco de Lepanto dió á su amada el nombre de *Galatea*, el mismo que adoptó La Torre en su égloga XV. El autor del *Quijote* introduce en el cap. XIV, parte primera de aquel inimitable libro una canción tan parecida á la égloga citada, que no puede ocultar el parentesco.

En una y otra un pastor quiere darse muerte, desesperado y celoso por los desdenes de su amada:

Ya que quieres que muera desamado

(dice el uno)

Ya que quieres, señora, que yo muera
(Injusto premio de mi fe crecida),
Oye mi dolorosa voz postrera,
Que, junta con el ánimo cansado,
Sale perdiendo la doliente vida.

Y clama el otro :

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comuniqué
Al triste pecho mío un son doliente,
Con que el uso común de mi voz fuerza.

Luego uno y otro amator se dan por satisfechos con alguna ligera muestra de compasión en sus amadas, y dicen á porfía; el uno :

Si tu beldad del cielo soberano
De mi grave dolor enternecida,
Sin el desden altivo se mostrara,
¿Qué gloria mas eterna y mas cumplida?

Y el otro :

Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas;
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.

En fin, ambos evocan deidades gentílicas para que les hagan el funeral acompañamiento, como era uso entre aquellos eruditos pastores que Petrarca y Tasso dieron á conocer á Boscan y Figueroa. Dice La Torre :

Vos, diosas de las aguas cristalinas,
Serenos cielos, noche tenebrosa,
Marinos dioses, reino sacrosanto,
Hécate de las sombras espantosa,
Deidades sacrosantas y divinas,
Que estais atentas á mi grave llanto....

Y Cervantes :

Venga que es tiempo ya, del hondo abismo,
Tántalo con su sed; Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitro, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.

Toda esta procesion, señores, para, sin embargo, en diverso punto, y aquí la diferencia. La Torre no la hace llegar mas que hasta la melancolía del bello siglo de Garcilaso, y dice (volviendo á los últimos versos) :

Deidades sacrosantas y divinas,
Que estais atentas á mi grave llanto,
Venza ya mi quebranto
La rigurosa ira
De aquella que es inspira
Al contrario sujeto que procuro,
Por afligir mi desdichada suerte,
Que si me haceis seguro
Que gusta de mi muerte
Y que en su deseada gracia muero,
Dichoso yo, que alcanzo lo que quiero.

Cervantes hace durar mas este extraño y mitológico entierro, hasta que los personajes que evoca alcanzan los nebulosos tiempos del culteranismo; y dice :

Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen á mi pecho; y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas,
Al cuerpo á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil deidades y mil mostros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merecá un amador difunto.

Así se deduce claramente la prioridad de la égloga de La Torre, aun cuando no la persuadiesen mas poderosamente la mayor perfeccion que dió Cervantes á su obra, el plan mejor combinado, mas condensado argumento, catástrofe mas patética, estrofas uniformes y mas pulidas; todo, en fin, menos el estilo y el gusto, que mas dependen del siglo que de la pluma, y que ya en Cervantes se aleja de la naturalidad de los petrarquistas, y presagia la afectación de los gongorinos.

Ni podía ser de otra manera: no tan fácilmente, ni á saltos, adelanta la civilización, ni se quiebra tan ahina la magnífica uniformidad con que marchan por un mismo camino y al mismo compás el poder y la lengua, los hombres y los escritos de una propia nacion, dando así claridad y vigor á la que al principio llamé razon histórica.

No temáis, señores, que me extienda aquí en inopertunas y sabidas consideraciones para recordar lo que el habla y la literatura patrias pudieron conservar de la latina; cuánto la impulsieron con su conquista los árabes; cómo la engalanaron con flores naturales Alonso X en medio de sus desventuras, y Juan II al son de sus fiestas; de qué manera, en fin, la regalaron atavios extraños los trovadores aragoneses, trayendo del Oriente sus fábulas y de Provenza sus juegos.

Cosas son estas para los mas sabidas, para otros indiferentes, para todos enojosas; son como las probanzas de nobleza ó como los árboles genealógicos de la musa española. Pero dejadme que os la presente ya zagala,

siguiendo en Italia la suerte de un guerrero de Calatrava, galanteada á orillas del Tesino por el tierno Garcilaso de la Vega; jóven y esbelta, inocente y alegre. ¡Cuán bellas son sus formas; recuerdan las ideales creaciones del arte antiguo; cuán sin afeite es su atavío, cuán tierna su voz! Ella se complace en la vida del campo, y aun eso solo para buscar el amor y la alegría; párase á coger flores, que son su único adorno; á hablar de amor, que es su sola pasión; á imitar al cantor de Laura, que es su mejor modelo.

Así la conocieron y la amaron Figueroa y Montemayor, Boscan y Gil Polo, Mendoza y Leon; ingenios dichosos, que pudieron admirar juntas la virginal belleza de musa castellana y la juvenil pujanza del poder español.

El último de los citados, Fr. Luis de Leon, abarca en sí solo todo aquel brillante período de nuestra literatura y de nuestra historia.

El pudo decir á la poesía castellana, hablándola el mismo lenguaje con que en su adolescencia la enamoraban Jorge Manrique y Santillana :

Ay, por Dios, señora bella,
Mirad por vos, mientras dura
Esta flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que á amor no esté sujeta.

Fray Luis también parece que dirige al poder conquistador de los españoles, hermano del númen impetuoso, que ya rayaba en la virilidad, aquel magnífico apóstrofe que lo retrata :

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Y este exceso de vida y de fuerza; este ardor, que no se satisface en las campestres escenas ni en los pastoriles coloquios, sino que ansia las batallas y da cima á colosales empresas; este corazón, que no siente el amor con ternura, sino con arrebato, que abunda mas en palabras que en sentimientos, impetuoso, grandilocuo, halla un intérprete fiel en el cantor de Lepanto y de Eliodora, Fernando de Herrera. El fija ya el dialecto poético; encumbra la entonación lírica; no atiende á los latinos para estudiarlos como alumno, sino para imitarlos como émulo. Leon, en mi entender, guía y acompaña nuestra poesía durante toda su mocedad; Herrera la retrata cuando ha llegado á la fuerza de la juventud; el uno la recuerda adolescente, la deja manceba; el otro la saluda, y la enriquece ya matrona.

Así la alcanzó Lope de Vega; y disfrutando largamente de todos sus tesoros, no correspondió (doloroso es decirlo) á sus favores; llevó á todos los géneros el númen de España, bien así como se extendía su poder á todas las partes de la tierra, sin aprovecharse, con todo, de ninguna. Llamábase entonces con propiedad el rey de Castilla monarca de dos mundos, y Lope de Vega, Fénix de los ingenios; era en aquel tiempo la poesía, como la civilización española, galana, caballeresca, osada, rica, aunque poco prevenida; algo jactanciosa, pero en todas partes dominante. ¡Bella y malograda edad aquella cuyas consecuencias dolorosas aun no han cesado!

Pero si la ternura y sencillez acompañaron la adolescencia de nuestra musa, si el arrebato y la grandiosidad la guiaron en su juventud (que todo ello viene á ser un período), si la galantería, la fecundidad, el desdén caracterizan sus mejores años, — ved cómo ya la reflexión, la mesura, la experiencia, el orden indican su madurez.

Cuando en cada uno de los autores citados, ó en otros sus contemporáneos, halleis reminiscencias de tiempos pasados ó preludios del estilo de épocas siguientes, pensad que en el engrane de los conocimientos como de las generaciones, no hay solución de continuidad; entre año y año, entre estilo y estilo no hay entreactos ó barreras que los deslinden. Pero abarcada en conjunto la fisonomía de cada edad, ¿quién no distingue la niñez de la juventud, y esta de la madurez?

Aquella misma poesía, sencilla con Garcilaso, impetuosa con Herrera, pródiga con Lope, se presenta ahora artificialmente ataviada; se mueve con lenta majestad, y economiza sus caudales acompañada de los dos Argensolas. Antes, inocente zagala, gozó en el campo oyendo

El dulce lamentar de los pastores.

Luego, cual atrevida cazadora, acompañó al denuedo español, que la decia :

Aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente;
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

Hoy si se retira al campo, es solo para alabar en los simétricos y artificiosos pensiles de Aranjuez

Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Están los claros aires dividiendo.

En otra edad una flor, una guirnalda eran todo el atavío de aquella poesía

dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno.

Luego se ofrece á nuestro entusiasmo, desnudo el brazo que vibra la lanza, cubierto el fornido pecho con el pelo antiguo, y ceñida la cabellera con el laurel de Lepanto, bien así como la victoria de un arco triunfal. Hoy se presenta ya en los saraos ataviada y compuesta con ricos aderezos y telas de brocado, ostentación de su riqueza mas que de su hermosura; obra exquisita de artífices doctos, mas bien que presente de inspirados amadores. En medio de la sociedad cortesana, cortesamente crítica (copio á Quintana) «las costumbres de las mujeres perdidas, que seducen y corrompen la juventud, devoran los patrimonios y destruyen la paz de las familias, hace la censura, no solo de los diferentes estados, sino tambien de los modos de conseguirlos, y demuestra los peligros de la ambición, y en lo que vienen á parar sus ilusiones.»

Ved aquí, señores, los caracteres de la musa en su edad madura: descontentadiza, no entusiasta; filosófica, no enamorada; abunda en sentencias mas que en arrebatos, porque la guía la luz del desengaño y no el fuego de la pasión. Acomodado á la inspiración es el instrumento de que se vale; aquel acento que resonó en la dulce avena de Garcilaso, que atronó en la trompa de Herrera, ahora suena severo y mesurado en la lira de los Argensolas. El primero jugaba con las fáciles silvas, el segundo inventaba las estancias rotundas, estos últimos andan al compás de los inflexibles tercetos. Allá en un tiempo el estilo era natural y florido, luego grandilocuente y figurado, ahora ya compuesto y sentencioso. ¿Otra acaso la historia del poder español tan pujante y bello á orillas del Po y del Tesino con Carlos I y Garcilaso, tan heroico y sublime en las aguas de Lepanto con Felipe II y Herrera, tan devoto y ceremonioso, tan melancólico y preso con Felipe III en los jardines de la Isla, y con Argensola en los tercetos?

Pero ¿no veis, señores, en este humor desabrido, en esta frialdad glacial, en este porte mesurado anuncios ya de la vejez? ¡Ay! que no son anuncios solamente, sino señales infalibles. Sucede á las letras como á las dinastías, como á las personas, que cuando despiertan pensando que la vejez llama á su umbral, la encuentran sentada á la cabecera. Pensamos que nos la regala un pintor en el retrato, un menestral en el corte del vestido, y es que la hemos comprado nosotros con la frente que ha encanecido, con el talle que se ha desformado.

No hay remedio, la zagala virgen y pura de Garcilaso y de Figueroa ha envejecido; la musa impetuosa de Leon y de Herrera se ha debilitado; la dama riquísima de Lope ha malgastado sus tesoros; la matrona severa de los Argensolas no puede con afeites encubrir sus arrugas. El buen tiempo pasó, todo es inútil: en vano Rioja la quiere arrancar del aire nocivo de la corte; su despedida será el gemido del desengaño; en vano la llevará al campo; allí no cantará mas que ruinas, y las flores mismas no la inspirarán sino pensamientos filosóficos tristes. Verá una rosa, y exclamará.

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Muestra tu nacimiento ó muerte llora.

Y en otra parte :

¿Cuál mayor dicha tuya

(dice á la arrebolera)

Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.

Tiene razon, daños para la monarquía como para la literatura, para los versos como para las flores. Pero lo que es peor, con la edad ha acontecido á la musa como á las mujeres hermosas, los defectillos interesantes se han tornado achaques dolorosos, y las inclinaciones viciosas. Era nuestra poesía sonora, y se hace ampulosa; era festiva, y se vuelve chocarrera; era discreta, y se torna culta; era pensadora, y se convierte en pedante. ¿Qué importa que hombres como Góngora y Quevedo, de robustas fuerzas, de vista de lince, de ágiles movimientos, y en fin, hasta de pura intención, la quieran dar la mano? ¿Qué prestará la juventud del lazarillo, si la pobre anciana está débil y ciega, y casi tullida, y lo que es peor, depravada? En ninguna parte se conoce mas la caducidad de la musa castellana que en las juveniles poesías de Quevedo.

Allí, si se imita á los clásicos, no es con el respeto de alumno, ni con la emulación de rival, sino con la afectación de pedagogo; si se pintan los objetos de la naturaleza, los árboles, las fuentes, no es con la sencillez juvenil y amable de Garcilaso, que enamora, ni con la calma varonil de Fr. Luis, que consuela; es con un espíritu desengañado y mordaz que arranca la risa; con

una tendencia senil, filosófica y amarga, que desconocía. Garcilaso es joven y pinta, Fr. Luis es varón y goza, Quevedo es viejo y analiza y diseña y dogmatiza.

Pues ¿qué os diré de las bellezas de otro orden, qué de los sentimientos morales, qué de la gloria humana, la cual Garcilaso mereció con una vida denodada y con una muerte heroica, pero que no nombró jamás en sus canciones? ¿De la gloria, que enaltecía en bíblicos tonos Herrera, que despreció en santo arrobamiento el Maestro Leon, y que el autor del *Gran Tacaño* arrastra por el lodo? ¿Qué os diré de la política, no llamada hasta entonces a intervenir en nuestro Parnaso, y a cuyo servicio puso Quevedo todas las nueve musas, su ciencia y su imaginación, el cielo y el infierno? ¿Qué os diré, en fin, del amor, ese sentimiento inocente en Garcilaso, puro en Herrera, caballeresco en Lope, frío en Argensola, material, sensual, casi crapuloso en Quevedo?

Tal es, sin embargo, señores, el hombre que hizo a las letras españolas el singular beneficio de publicar por primera vez las poesías de Francisco de la Torre. Gene-

rosamente le fué pagado este favor, alguno ha llevado la gratitud hasta ceder en beneficio de Quevedo la fama toda, el nombre mismo del poeta de quien fué editor.

En este curioso litigio, que pende, señores, ante vosotros mas há de un siglo, habeis oído a dos ilustres Académicos pleitear en pro de las opuestas partes: don Luis José Velazquez demandando para Quevedo la honra de las poesías que publicó; don Aureliano Fernandez Guerra defendiendo como de oficio a Francisco de la Torre, casi juzgado hasta ahora en rebeldía, porque no se le habia hecho comparecer, y que hoy, merced a la diligencia de su patrono, os declara en sonoros versos cuál fué su patria, su estado, su carrera y hasta sus relaciones y afectos.

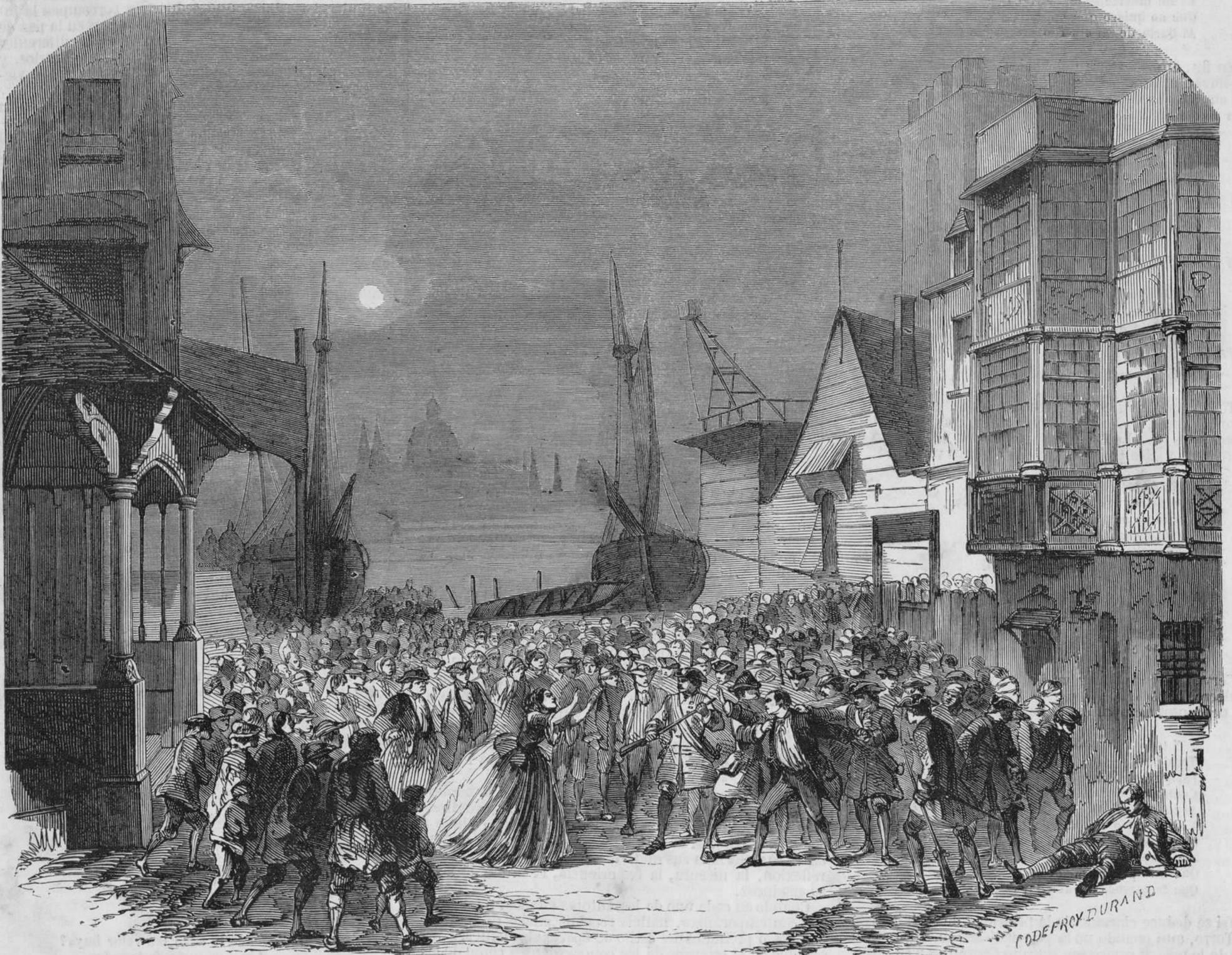
No me preguntéis mi dictámen, porque a mí no me toca el oficio de ponente, sino el de relator. Yo os he retratado breve, quizá groseramente, pero con veracidad indisputable, a nuestra poesía lírica en todas sus edades; delante de vosotros, como piezas aducidas al juicio, tenéis las obras de La Torre y las de Quevedo. Ved

esas flores campestres aun olorosas, esas bien tejidas guirnaldas aun frescas, ese estilo sencillo y cándido como la vestidura de una doncella, y decid en cuál edad ha podido ataviarse así la musa castellana; si es en la degradada época en que, dando la mano a Quevedo, recorría los lupanares, penetraba en las cárceles, hablaba con retruécanos y antítesis rebuscadas, y derramaba por do quiera el veneno de su corazón, corrompido a la vez y desengañado. (Se concluye).

Teatro de la Puerta de San Martín.

LOS CABALLEROS DE LA NIEBLA (*Les Chevaliers du brouillard*). Drama en cinco actos por M. Dennery.

Se ha estrenado en el teatro de la Puerta de San Martín un drama nuevo con el título de los *Caballeros de la Niebla* que ha obtenido un éxito ruidoso, y que contará un crecido número de representaciones. Estos célebres caballeros se reclutan entre los malhechores mas atre-



Los Caballeros de la Niebla, último acto.

vidos de la ciudad de Londres; ahora bien; ¿cómo el mozuelo Jack Sheppard llegó a ser su jefe? — Oigamos la historia.

Jack desde su mas tierna infancia se ejerció en las empresas mas deshonrosas; su abuelo fué un hombre malo, su padre murió en Tyburn y Jack tomó naturalmente el camino que conduce al crimen, al deshonor, a la horca! Este demonio no tenia aun pelo de barba y era ya un José María por su audacia y por su intrepidez. Así sucedió que una noche despues de una expedición feliz que aumentaba con cuarenta mil libras el tesoro de los *Caballeros de la Niebla*, le elevaron sobre su paves aclamándole rey de los truhanes de la capital británica.

Afortunadamente para Jack, se encuentra con un competidor al trono, un tal Jonathan que es él solo mas tunante que todos los otros juntos, y que trama por su propia cuenta conspiraciones horribles que Jack sabe

burlar. — Sin embargo, una virtud florece todavía en el corazón de Jack, a pesar de todos sus vicios: adora a su madre, y profesa un afecto sumo a su amigo Támesis, hijo de un lord y compañero de su infancia. Si Jack se constituye prisionero en la Torre de Londres es por salvar la fortuna de Támesis de las garras de Jonathan; si por el contrario se le ocurre hacer una escapatoria campestre, es tambien para servir grandemente a su amigo salvándole la vida.

Seguramente, durante las tres cuartas partes de este drama tan lleno de terror, de emoción y de sorpresa, Jack se portó siempre como puede portarse un bandido; pero al fin se arrepiente, se entrega a la justicia, y cuando su madre, tan tiernamente cruel le aconseja la muerte que salva de la deshonra, Jack la responde que la expiación no sería completa. — ¿Qué mas diremos? El infierno no tendrá su presa, y la espada de la ley no cae sobre Jack Sheppard. El rey Jorge I va a ver al con-

denado en su calabozo y le otorga el perdón. Jack Sheppard se desembaraza desde luego del odioso Jonathan, y luego va a morir gloriosamente peleando en la India.

M. Dennery ha demostrado en los *Caballeros de la Niebla* todas las apreciables cualidades que como autor dramático le distinguen. En efecto, nadie entiende mejor que él la maniobra de estos dramas de grande espectáculo, ni todos los recursos de la escena y del arte; los papeles que imagina para sus actores, se ven siempre muy bien desempeñados, porque sabe escribir para cada cual el género conveniente a su talento. Madama Laurent (Jack) es un mozuelo terrible y seductor; Madama Guyon es una madre enérgica. Las decoraciones tienen la exactitud del daguerreotipo con una magnificencia sin igual; entre ellas elegimos la que se ve aquí porque nos ha parecido la mas original, pues representa un efecto de niebla como nunca se ha visto. P. B.